

Biblioteca Cine Nacional

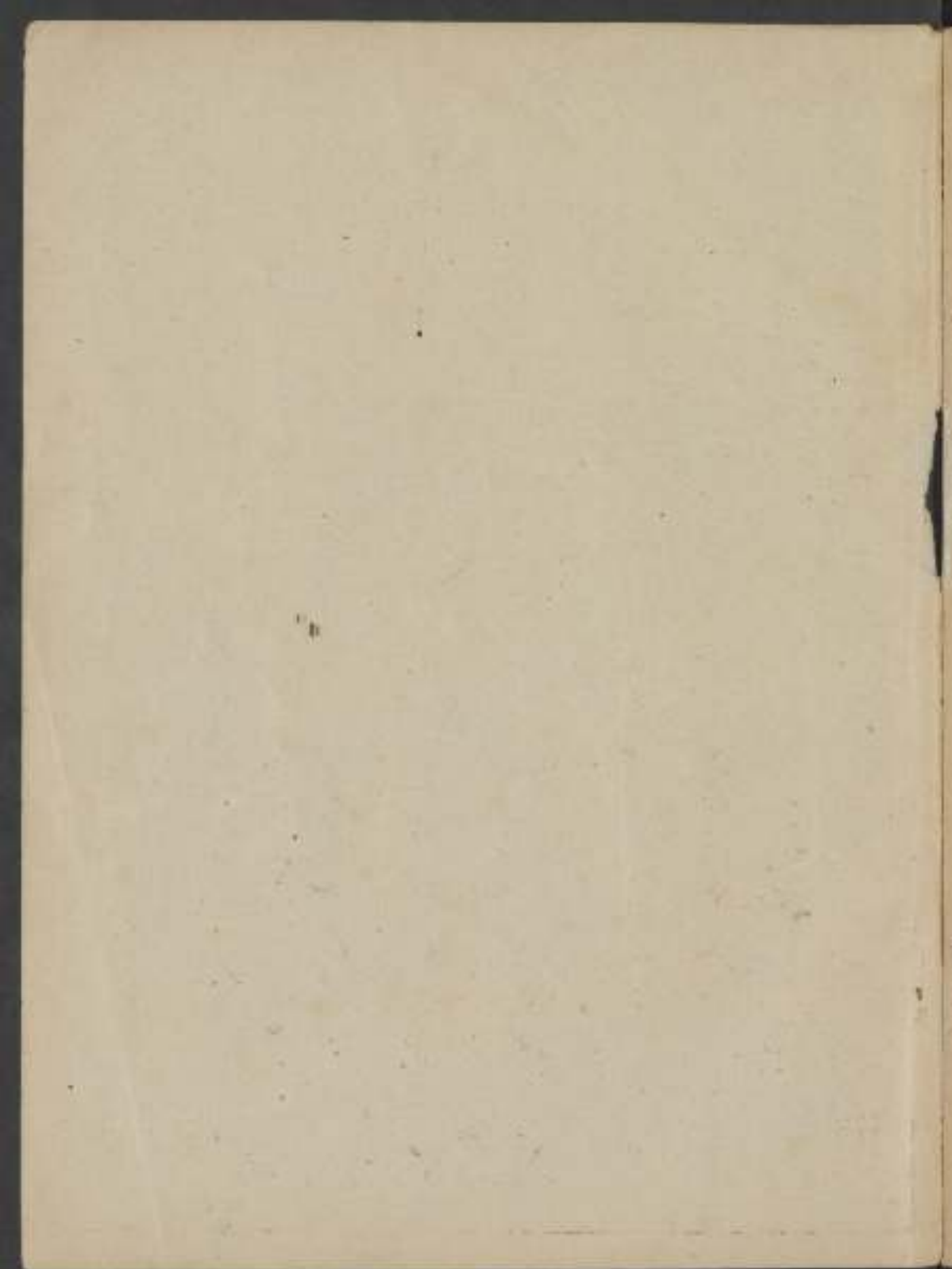
Editorial **ALFA**

SERIE ★ ALFA

Josita **HERNAN**

La
CHICA
del

★ **GATO** ★





AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BARRERA, 14 y 16
BARCELONA

TEJUAN, 19
MADRID



Reservados los derechos de
traducción e ilustración

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA

Valencia, VM - Teléfono 71967

BARCELONA

Biblioteca Cine Nacional

Fundador y Director:

RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 - Teléfono 70657

EDITORIAL
"ALAS"

Centro de reparto:

Sociedad General
Española de Librería

Calle de Barbant, núm. 14-16

BARCELONA

AÑO VI

SERIE ALFA

Núm. 51

Núm. 29

LA CHICA DEL GATO

HE aquí demostrada, una vez más, la gran verdad de que las buenas acciones son el camino más rápido, único y seguro para lograr en las almas hundidas en el vicio una pronta rectificación de su conducta moral.

En LA CHICA DEL GATO se impulsa a una jovencita de buenos sentimientos a que cometa robos en pequeña escala. Ella se niega, pero ante el panorama desolador de la más espantosa miseria, claudica su voluntad y delinque contra la propiedad ajena. Pero una buena acción, fruto de los mejores sentimientos de la dueña de la casa en donde la jovencita robaba una miniatura, hace nacer en el corazón de la joven un espontáneo arrepentimiento, que le sirve para lograr, más tarde, su verdadera felicidad.

Calle del Mar, 60

VALENCIA



Calle Valencia, 233

BARCELONA

Avenida de José Antonio, 41. - MADRID

INTERPRETES PRINCIPALES

<i>Guadalupe</i>	JOSITA HERNAN
<i>Paco</i>	F. FERNAN-GOMEZ
<i>Don Sigmundo</i>	JUAN ESPANTALEON
<i>Neno</i>	PIIAR GUERRERO
<i>Eufrasia</i>	Ana M. ^a Quijada
<i>Dofia Chuncha</i>	Fuensanta Lorente
<i>Sebastiana</i>	Emilia G. Clemente
<i>Eutalio</i>	Luis Pérez de León
<i>Ida</i>	Blanquica Suárez
<i>Julia</i>	Consuelo del Amo

Argumento y diálogos:
Calos Arniches (†)

Dirección de
R. Quadreny

Ayudante de dirección:
Víctor López Iglesias

Narración literaria de
María del Pilar García Bravo

LA CHICA DEL GATO

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

LA CHICA DEL GATO

SUBURBIOS madrileños! ¡Dececho de la ciudad, su esconja material y espiritual que allí se agazapa y esconde, avergonzada y taimada, huyendo de ser vista! Apoyadas unas en otras las casuchas de tejados de láminas de hojalata picada, puertas de bambalinas de estera y paredes desconchadas, guardan sus secretos de trabajos y mierda, de malos negocios... y de negocios malos envueltos en picardía. Y diríase que secretean entre sí, como secretean sus chismosas comadres en grupos a las puertas, en tanto juegan los chiquillos en el arroyo.

Este es el cuadro que ofrecía la calleja aquella en la mañana de nuestra historia. Pero...

Han sonado unos silbidos, como una señal, y a su conjuro se opera un cambio repentino. Todos corren a guarecerse en sus casas, las mujeres recogen y llaman a sus rapaces y la calle queda completamente sola y silenciosa. Detrás de los ventanucos, de las cortinas de las puertas, al acecho de alguna esquina, tipos de mala catadura observan la calle por cuyo extremo acaban de aparecer dos agentes de Policía que miran con cuidado alrededor. ¡Todo se explica!

Caneja, que estaba en su casa recontando los frutos de su negocio último, al escuchar los silbidos, rápidamente ha recogido tres o cuatro cosas que esconde afanoso bajo su americana y sale por la puerta del corral.

Los agentes se han detenido a encender un pitillo. Tampoco ellos se encuentran a gusto en aquel ambiente hostil y sienten, aunque no los vean, todos «los ojos de la calle» pendientes de sus idas y venidas. Pero algo fendirán que hacer por allí, sin duda. El deber es el deber.

Caneja resuella con fuerza, arrastrándose pegado a una tapia, con la mente fija en un fin...

En el interior de su casa, lóbrega, sucia, colgada de toda serie de pin-gajos y llena de trastos absurdos, allí donde lo más necesario falta, Eulalio, Venancio y Eufrasia, mirando por la ventana y espiando por la puerta, teniendo los dos primeros en las manos las cartas de la baraja, con la que estaban echando una partida, llevan la cuenta de los intranquilizadores paseos de los policías.

—¿Pasan?—pregunta temblando Eulalio.

—¡Quietos!—ordenó Eufrasia.

—¡Aguarda!—exclamó con voz sorda Venancio, temiendo alguna imprudencia.

—¡Van dos!—ponderó la mujer.

—¡Calla!—volvió a exclamar Venancio, prudentemente.

—Se han parao en la esquina —informó ella en un susurro.

Mientras tanto, Caneja saltaba la tapia del corralejo, último obstácu-

lo de su carrera para llegar a la meta que se había propuesto.

Los agentes se alejaban, al fin, de aquel plano, y el barrio entero empezaba a respirar a gusto.

—Ya han pasado —anunciaba, como un arco iris de paz, Eufrasia.

—Túercen por el camino de Yeceria.

—Tirarán por la puerta de Toledo—aseguró Eulalio con tono de estratega. Y su compañero Venancio asintió.

—Es el camino.

Los tres habían recobrado el tono de su voz y el de sus mejillas al mismo tiempo. Y ya, sintiéndose optimista, dudaba Eulalio dirigiéndose a su mujer.

—Pero ¿estás segura que son de la Policía?

—¡Anda éste! —le respondía ella— Tan segura como de que me llamo Eufrasia. No se despiantan.

—Dos agentes—afirmaba Venancio entre dos hipos.

Un sí es no es azorado, asomando las narices por la puertecilla trasera, preguntó Caneja:

—¿Se puede?

Los tres se estremecieron asustados al sentir aquella voz a su retaguardia, tranquilizándose al reconocerle.

—¡Caray!—exclamó Eulalio.

—¡Mi madre!—soltó Eufrasia. Y

solo Venancio acertó a nombrarle:

—¡Caneja!

—¡Pero tú!... —decía Eulalio preocupadísimo.

—¡Chist! —recomendó Caneja, avanzando con todo lujo de precauciones para reunirse con ellos. Y añadió:

—¡Silencio!... Por lo que más queráis...

Los dos hombres le recibieron sin entusiasmo, pero no se atrevieron a decirle nada. Sólo la Eufrosia, con toda franqueza, le espetó:

—Oye, tú, no comprometas, que si te han visto entrar aquí...

Caneja fué a sentarse junto a la mesa, muy fatigado y hablando a duras penas:

—No... he venido arrastrándome... pepe... pegao a la tapia y he sal... saltao por el corralejo... ¡Gachó!... de poco me trincan... no puedo hablar... Agua... agua... dame agua... —suplicó con angustia.

—Dale agua —ordenó Eulalio a la Eufrosia.

—Digo, aguardiente... Déjame que acabe... —aclaró Caneja.

Eulalio le sirvió vino en un vaso.

—¡Gracias! —agradeció Caneja. Y siguió trágicamente:

—¡Me he visto en Ocaña!... Ahora no tengo tiempo. Ya os contaré... Pero me vais a hacer un favor...

Guardadme esto... —y les mostró lo que traía oculto bajo sus ropas.

—Pero... —protestó Eulalio, viéndose comprometido.

—¡Chist!... Guárdamelo, por tu madre—suplicó Caneja. Al mismo tiempo descubrió sus tesoros:

—Un cuadrito antiguo, se cree del Tiziano; dos bandejitas repujadas... Se cree que del Benvenuto... y un Sévres...

—¿Pero todo esto?—preguntaba Eufrosia, codiciosa.

—Sonsi y enterrario... —dijo Caneja. Y misterioso y ponderativo, añadió:

—Cuando vuelva ya sus contaré... Nos haremos ricos... Tengo una combinación super...

—¿Pero diez duros nada más por guardarle todo esto?—gruñó al fin, encontrándolo tirado para lo que exponía.

Pero Eulalio había hecho ya su composición de lugar. Encontraba que las fases del contrato todavía eran modificables, y dijo a la Eufrosia:

—Eso de diez duros... Tú mételo en el baúl que luego hablaremos...

Ella no se hizo repetir la orden y con sus manos gordezuelas y sucias acaparó todo aquello, guardándolo cuidadosamente en el viejo baúl donde metía todo cuanto consideraba de algún valor.

—Vosotros guardarlo, y después...—dijo Venancio, dejando entrever un mundo de «ideas» en aquellos puntos suspensivos. Añadiendo:

—Además, que yo me llamo a la parte, porque estando presente...

—Ni que decir—le prometió Eulalio, con la formalidad de una escritura.



A la puerta de una de las casuchas apareció una mujer.

—¡Corita, Corita!—gritó destemplada, llamando a una chiquilla.

Esta, obediente, acudió en seguida.

—¿Qué quiere usted, madre?—preguntó.

—¡Anda, corre y avisa a la señora Eufrasia y que se prepare, que van a ir a verles las señoras de la visita domiciliaria!

—Voy, madre—respondió, emprendiendo veloz carrera, no sabemos si más por el gusto de darle gusto a las piernas que por el celo de su obediencia. La madre se entró en su casa, dejando a su vástago saltar calle abajo para cumplir su delicada misión.

Mientras, en casa de Eulalio, en tanto los dos hombres reanudaban su interrumpida partida de mus,

Eufrasia echaba sal a un puchereto que tenía a la lumbre, dándole vueltas después con algo que fue cuchara en sus juventudes.

—En fin—decía Venancio—, si gamos con nuestro mus, que van jugadas dos leandras de liviano, que no se te olvide.

—Pues venga—seguía Eulalio—Yo creo que tenía pares... Sí, y me duran... Y te había echao cuatro.

—Y yo no quería—aseguraba Venancio.

Por la puerta de la calle se asomó la chica mensajera, gritando:

—Seña Eufrasia... seña Eufrasia.

—¿Qué hay?—respondió la aludida, saliendo al encuentro de la pequeña.

—Que me dicho mi madre que la avise a usted de que las señoras de la visita domiciliaria, que vienen...

—¡Que vienen las señoras!... ¡Arrea!—exclamó, como un comentario a aquella mañana de emociones que se le estaban deparando.

La chiquilla desapareció tan deprisa como había aparecido y la Eufrasia corrió a preparar a su hombre.

—¡Maldita sea su estampa!—... renegó éste, que no estaba ya para más visitas—Y vienen con la oportunidad de una charanga a la hora de la siesta.

—Hasta la semana que viene, Ruperta—se despidían.

Y mientras tanto aquellas dos señoras sonreían angelicales saliendo de una casa.

—Que se mejore el pequeño —dijo la otra señora. Y las dos, con las debidas precauciones para andar sin tropiezo por aquella calzada llena de latas, restos de calzado, pedruscos, cáscaras y toda suerte de inmundicias, tomaron el camino de casa de Eulalio, bajos los ojos, puro el continente y lleno de buena voluntad el corazón... vacío de experiencia, pues las dos eran muy jóvenes todavía.

En casa de Eulalio se preparaba el escenario a toda prisa. Se escondían las cartas y la botella de vino.

—De prisa, que vienen —había recomendado la chica al salir. Y Venancio, dando vueltas, preguntaba: —¿Maldita sea! ¿Y yo qué hago? Eulalio le dió una solución.

—Entra en la alcoba, te tumbas y esperas — Y mientras Venancio cumplía esta orden, el exigió a Eufrosia:

—Dame la manta.

—Vamos a prepararnos para recibirlos dignamente —decidió Eufrosia, dando todavía algunos toques a la habitación.

Eulalio se arrojaba con una man-

ta, mientras preguntaba para refrescar sus recuerdos:

—¿Que enfermedad dije el otro día que me aquejaba, que no me acuerdo?

—Gota—le recordó Eufrosia.

—¡Ah, sí!... Y oye, ¿eso dónde duele?

—No sé, cállate —dijo Eufrosia, comprendiendo que ya no quedaba tiempo para más estudios.

Efectivamente, en la puerta de la calle aparecían ya las dos señoras de la visita domiciliaria.

—¿Se puede?—preguntaron antes de entrar. Pero allí estaba ya la Eufrosia con un aire, por lo humilde y manso, desconocido, obsequioso, rendida, animándolas cariñosas:

—Alante... Pasen, pasen las señoritas...

Y las dos señoritas, venciendo su repugnancia instintiva a tanta suciedad, mal olor y lobreguez de la estancia, avanzaron, animándose la una a la otra con una sonrisa.

—Santos y buenos días...—saludaron amables.

—La Virgen Santísima les acompaña a las señoritas, que ya es de agradecer en un día como el de hoy —respondió la Eufrosia. Y esto que soltó por cumplir, ya que su corazón empedernido era incapaz de sentir el agradecimiento, resultaba una verdad, pues, en efecto, el día

era cruel y hubiera sido mucho más cómodo no aparecer por aquellos andurriales.

—Está frío de veras — exclamó una de ellas, estremecida bajo su abrigo.

—Entren, entren las señoritas — animaba la Eufrasia.

Las dos se llegaron al rincón donde Eulalio, aparentando el aire más enfermo y dolorido, las miraba al saludarles:

—Buenos días, Eulalio — le saludaron ellas.

—Vengan, con Dios las señoritas — contestó. Y nunca Nuestro Señor ni su Santísima Madre se velan más recordados, y no para malo, que durante los minutos que sus hijas devotas permanecían bajo aquel techo.

La Eufrasia les ofrecía unas sillas desvencijadas:

—Siéntense, con cuidado, pero siéntense.

—¿Y qué tal, qué tal desde la semana pasada?

—¿Cómo está, Eulalio?

Eulalio se dispuso a recitar su parlamiento, con un aire tan real, que para su repertorio hubiera despedido Borrás en aquellos sus tiempos de la «Tierra baja».

—El parálisis me progresa en términos que no me valgo pa ná de los remos. — Y esto que aseguró, lo hizo entre tanto hipo, tanta angustia

y hasta tantos sudores que fué capaz de provocarse, que sus dos interlocutoras, abrumadas ante el peso de tanta desgracia, estaban a dos dedos de llorar y de dejar sus abrigos sobre el paciente, marchándose a cuerpo desafiando a la pulmonía doble.

—¡Ay, Señor! — subrayó la Eufrasia, aumentando con su suspiro la tristeza del cuadro.

—Y como esto es reumático — continuó fatigosísimamente Eulalio —, pues necesito muchísimo abrigo, y si las señoras me pudiesen dar un par de mantas, siquiera...

Y en el rostro de sus visitantes espió las probabilidades de éxito que su petición pudiera esperar. Ellas, confusas, prometieron.

—Se hará todo lo posible por complacerles, pero nosotras también tenemos que pedirles a ustedes un favor.

—¿Un favor las señoritas? — dijo Eufrasia, intrigada. — ¿Nosotros qué favor podíamos...?

—Verán, verán — dijo una de ellas para ganar tiempo y saber cómo salir del atolladero. Y la otra, tirándose a matar, preguntó de sopetón:

—Usted, Eulalio, y usted, Eufrasia, ¿no están casados, ¿no es cierto?

Los dos interrogados se miraron con mucha escama.

—¿Eh? — preguntó ella como quien no comprende.

—No, señora. ¿Para qué nos vamos a poner monios?—dijo Eulalio francamente.

—¿Y cómo no se han casado ustedes teniendo un hijo?—preguntó una de las implacables apóstoles.

—Como no ha sido más que uno... —se disculpó Eufrosia.

—Pero la niña, esa muchachita tan mona, ¿no es hija de ustedes?

—¿Quién, la Guadalupe?—respondió Eufrosia.—No, señora; no es hija nuestra...

—Esa niña.—aclaró Eulalio.—¿saben las señoritas?... es hija de una medio sobrina de ésta que al morir, viéndola tan pequeñita, nos

dió lástima.—primo que es uno—, nos la trajimos a casa, y claro, unos pobres ¿de qué íbamos a mantenerla?... Pues la echamos a pedir, para que supiera hacer algo útil...

—Suponemos que la educarán cristianamente—dijo una de las almas buenas con la ingenuidad que lo era característica.

—Que no me falta un sábado en la doctrina, ná más—aseguró, con el aire más convincente, el hipócrita de Eulalio.

—¿Y no tendrá novio, eh?

—¿Novio? Ca, no tengan miedo las señoritas, si es un cacho de tonta que no puede con su alma...

—Más inocentona y más simplo-ta—corroboró Eulalio.

GUADALUPE

EN la encrucijada de las dos callucas, junto a un puesto de cangrejos que ampara de todo contra-tiempo la señora Sixta, su propietaria, se estira Piruli para pregonar con todas sus facultades:

—¡De mar y de río, vivos!

Y Guadalupe, que asiste a su de-

but, se queda mirándole con medio palmo de boca abierta y al fin se siente atacada de una risa nerviosa que molesta bastante al tenor.

—Pero... oye... ¡Uy... ay!... ¿Es que ahora...?... ¡a, ¡a, ¡a... Dime... ¿pero tú...? ¡Ay!...

El la lanza como represalia su estribillo:

—¡Guadalupe, escupe que te has tragado un pelo!... ¡ja, ja, ja...!

Piruli es contemporáneo de Guadalupe, pero sus diecisiete... no han salido tan lucidos como los de la muchacha. Es feillo, desmetrado, poquita cosa... Ella es... «bonita y sucia como una moneda», que dijo el poeta. A pesar de los ayunos y abstinencias que se retratan en su semblante, a pesar de su desaliño... aunque no tan total como se estilaba por aquel barrio; pese a sus ropas pobrísimas, a sus desgarrones, a sus zapatos torcidos... es, y mejor, será una real moza. El cabello rubio, que podría dar envidia a una onza de oro, de estar más familiarizado con el jabón; los ojos de un azul obscuro, que a la sombra de las pestañas parecen negros alguna vez; los labios rojos, a pesar de su déficit de glóbulos rojos, los dientes blancos, apretados, menudos, iguales... los más bonitos del barrio.

—¿De manera que ya no subes maletas del Norte?—le preguntó a Piruli ya seriamente. Pero el demonio que tenía en el cuerpo le recordó su grito de guerra:

—¡No sudés, Felipe, no cojas lo gripe! ¡ja, ja, ja...!

—¡Te daba así!—contestaba él muy quemado.

—¡Mira qué ocupación tan des-

cansada te has buscado! Pero, cuidado, no pierdas tu preciosa voz.

—¡Guasona!...— Y leyendo en los ojos, aunque pícaros, bondadosos de la muchacha, que ésta enarbolaba bandera de paz, suplicó a su patrona:

—Señá Sixta, ¿me permite acompañarla un poco?

La señora Sixta, con su voz tan puramente aguardentosa, que hacía difícil la inteligencia de cuanto profería, asintió condicional:

—Si no has de tardar mucho... Porque aún nos queda para vender.

—Sólo hasta la esquina—formalizó Piruli. Y con aire de hombre gastado, dijo a su compañerita:

—¡Echa palante, Lupe!

Echaron a andar despacito, economizando distancia conforme al tiempo de que disponían, y ella empezó:

—Con que pregonando cangrejos, ¿eh?

—Hijo, ni que tuvieras algún derecho sobre mi personilla—protestó Guadalupe, muy halagada en el fondo.

—Tengo el derecho que quiero—profinió él, valentón. Pero ella se le rió en las narices, muy divertida.

—¡ja, ja, ja...!—Paró en seco de reír al escuchar unos ladridos furibundos. Miró hacia donde se oían y pintándose en su rostro la inquietud,

tud y la angustia, partió corriendo, mientras decía:

—¿Que pasa allí?... ¡Me parece que es «Pablito»!

Cerca de la casa de Eulalio, en torno de un arbolillo, se hallan congregados muchos chiquillos y alguna mujer. Todos miran a un gatito que trepa desesperado hacia la copa para salvarse de la furia de un perro, que salta por alcanzarle, atronando el aire con sus ladridos. No falta algún mal alma que azuza al perro, mientras todos se divierten, cuando entra en escena, como una tromba, Guadalupe.

—¡Anda, chuchó!... ¡«Morito», estate quieto!... ¡Señá-Prisca, llame usted al perro!... ¡Que si coge al gato me lo mata!... ¡Madre, madre!... ¡Ven aquí tú, rey mío, que yo te salvaré!...—decía queriendo tranquilizar a su gato.

Piruli acudió en su socorro y quería sujetar al perro, que era una fiera. Y Guadalupe seguía gritando, entre la diversión de los demás:

—¡«Morito»!... ¡Señá-Prisca, sujete usted al perro!... ¡Ladrón!

Ayudada por Piruli, pudo llegar a coger su gatito.

—¡Acércate, «Pablito»... ¡Ven tu conmigo!—Y ya en sus brazos, lo acarició amorosa, como si fuera el hijo de sus entrañas. Pero el perrazo

no quería abandonar su presa y se le echaba encima.

—¡Madre!... ¡Madre!... ¡Señá-Prisca, que me muerde!... ¡Que le tiro una piedra!... ¡«Morito»!...

Defendiéndose del perro corrió a su casa, protegida su retaguardia por Piruli, que detenía en lo posible al chuchó. No pudo defenderla de una dentellada que sólo le desgarró la falda, por fortuna, y de la que ella se defendió a patadas, ocupados sus brazos con el gatito.

—¡Madre!... ¡Toma, recondenao!... ¡Ladrón!...

Salían las señoras de la visita domiciliaria de casa de Eulalio, a tiempo de ver la última escena de este espectáculo, cosa que hizo poner una cara malísima a la Eufrasia.

—¡Madre!—dijo al verla y toda llorosa Guadalupe.

—¡Pero, niña!... ¡Pero no ves quién...?

Guadalupe, corrida y avergonzada, trató de sonreír, al mismo tiempo que se prendía la falda.

—¡Uy!... ¡Ay!... ¡Las señoras!... ¿Ustedes?... ¡Yo no sabía!... Era que... ¡Uy!... ¡Ay!... Ha sido ahora que... ¡Ay!... ¡Uy!...

Todas habían entrado en la casa a escuchar las explicaciones de Guadalupe cuando, muy oportuno, asomó Piruli la cabeza por el ventanuco.

—Guadalupe, escupe, que te has tragado un pelo!...

Rápida la muchacha corrió hacia el ventano:

—¡A que te tiro una piedra!...

—Pero, hija, ¡por Dios!—suplicó una de las señoras, asustada al verla tan salvaje.

Pero ya Guadalupe se volvía sonriente, explicando:

—No, si es de broma... Es el chico que me habla: le dicen el Piruli porque es muy bajito... Y como es tan bromista... Pero también le he sacado otro timo a él: «No sudes, Felipe, no cojas la gripe»... Bromas que nos gastamos...

Eufrasia se la comía con los ojos, pero la cosa ya no tenía remedio.

—Bueno: ¿y tú de dónde vienes tan desolada y tan...?—preguntó una de las señoras.

—Pues de ahí, de que... he salido a la... de hacer una visita...—remató por fin, no sabiendo por dónde salirse.

—¿Y ese gato?

—«Pablito»—contestó ella, presentándolo.

—¿Le llamas Pablito?—dijo una de las señoras, escandalizada.

—Sí, señora, para servir a usted—contestó Guadalupe inocentemente.

—Pero, hija, ponerle a un ani-

mal nombre de persona no está bien.

—Sí, señora... digo, no, señora... pero... Bueno, es que este gato, quitándole lo de animal, es talmente una persona, mejorando lo presente.

—Gracias. Y tú, ¿le quieres mucho?

—Sí, señora; es que duerme con una servidora y me quiere... ¿Qué vamos, no parece animal!... Este lazo es mío, pero se lo regalé ayer que era su cumpleaños... Cumplía mes y medio.

—Pero, hija, ¿tú no sabes que no es cristiano tener a los animales ese cariño tan grande?

—Pero cuando una ve que los gatos la quieren a una más...

Se confuso a tiempo, antes de proferir lo que le salía del fondo del alma, porque las dos ascuas de los ojos de la Eufrasia, por detrás de las dos señoritas, amenazaban candela. Prudentemente, corrigió:

—... más que las... más que los otros animales... Pues claro, una...

—Bueno; y tú ¿qué haces ahora?

—¿Yo?

—Sí, ¿qué haces?—le apremió una de aquellas señoras.

—¿Que qué hago de qué?

—Si trabajas en algo.

—Sí, señora, trabajo; pero ahora no trabajo.

—Y ¿qué te gusta más de todo?

—¿A mí?... ¿Que qué me gusta más?... ¡Los filetes empanaos!—dijo la pobrecilla, haciéndosele la boca agua.

Las señoras se echaron a reír, pero corrigieron:

—No, mujer; si digo de trabajar. ¿Qué oficio prefieres?

—Pues de trabajar, lo que más le gusta a una servidora, es estar para recados y mantenida.

—No, si como hambroña—terció la Eufrosia, deseosa de que terminara el interrogatorio, temerosa de algún resbalón. Añadiendo:

—Bueno, cállate y no mareas a las señoritas, rica.—Y en este «rica», puso «tanta ternura» como para comérsela.

—Pero, Señor, cuando a una le preguntan, me se hace a mí que lo natural es que una conteste, porque vamos...

—Cállate ya, mujer—gruñó Eufrosia empujándola a un rincón.

Y las señoritas, despidiéndose, mostraron sus donativos:

—Pues nada, aquí tienen ustedes dos pesetas, un bono de garbanzos y otro de arroz... y ya enviaremos las mantas...

Guadalupe recomendó a su gatito:

—Aguarda, que voy a ver.—Y dirigiéndose a las visitantes, demandó:

—¿No tendrían las señoritas bonos de cordilla?... Es para «Pablito».

—¡Hija, por Dios!—exclamó la una.

—¡Jesús, qué ocurrencia!—dijo la otra.

—¡Amos, chica, a ver si te callas!—barbotó la Eufrosia, agotando sus reservas de urbanidad.

—Era para «Pablito»—explicaba muy en razón, Guadalupe. Y retirándose a un rincón, quedó gruñendo a media voz:

—Señor... A ver si porque es gato no va a tener derecho a...

—Vaya... Hasta la semana que viene, si Dios quiere.

—Vayan con Dios las señoritas—despidió Eufrosia con un suspiro.

—Que se mejore Eulalio.

—Tantísimas gracias — repetía Eufrosia, sosteniéndoles el «tapiz» de la puerta. Y no bien hubieron salido por la misma, cuando se le arriaron Eulalio y Venancio, que salía de su escondrijo.

—¡Cachó, qué palmas!—renegó éste.

—Pues todo eso que has oído, por un kilo de arroz y dos pesetas semanales—dijo Eulalio, con aire de víctima y muy cargado de razón.

Pero Guadalupe, tomando la palabra, que nadie le había concedido, terció:

—Pues no digan ustedes, bien reguénas que son, que a mí me tienen regalado...

—Amos, cállate si no quieres que te rompa las narices, so trompa —exclamó Eulalio, amenazándola finamente.

—¡Pero, papá...!

—A mí no me digas papá porque te quito la cara de un quantazo.

Guadalupe se refugió tras el señor Venancio.

—¿Esta usted viendo?... ¡En esta casa no se puede ser fina, ni tener modales! Yo digo papá porque me se hace más elegante...

—Aquí no queremos señoritas del pan pringao—dijo Eulalio con toda su brutal ordinareiz.

—¿Pringao?... ¡Sin pringar lo quisiera yo, aunque fuese!—exclamó la muchacha, en un grito de estómago vacío.

La Eufrosia trajinaba junto al fogón reavivando la lumbre que se había apagado durante la prolongada visita de las damas, y Eulalio, muy cargado de razón, mientras se dejaba caer en una silla... cansado de no hacer nada, la decía:

—Si quieres pan, trabaja, so holgazana, que ya podías ganarte la vida con lo zanguanga que eres.

—¿Yo zanguanga?

—Sí, señora —corroboró la Eufrosia, agitando el soplillo.

Pero Guadalupe tuvo un arranque de valentía y les cantó las cuarenta:

—Pues bien colocada que estaba y bien de simpatías que tenía yo en casa de madame Gorguin cuando entré de aprendiz, pero ustedes me obligaron a traer una madeja de seda todos los días pa venderla, y claro, una noche me cogieron una liada a la cintura, y para quitármela me estuvieron devarando y luego me escupieron y me echaron a la calle.

Aterida y llorosa acercó sus pobres manos al brasero para desentumecerse. Venancio se reía con lo que contaba.

—¡Ja, ja, ja... Tiene gracia, ¡devararla!...

—Y todas las aprendizas llamándose ladrona, que bien lo sabe Dios que hubiera querido morirme—continuó. Y al recordar aquellas amargas escenas, se echó a llorar acongojada.

—No tengas cuidado, que mala hierba...—decía Eufrosia, sin compasión.

Y Eulalio la echó fuera del brasero.

—¡Hale, fuera del brasero!—dijo empujándola.

—Sí, señora, ya me voy. ¡Hay que ver lo que me pasa! ¡Será el mal que tengo hecho en este mundo, que yo no sé qué castigo es ése!

L A C H I C A D E L G A T O

Eulalia remedaba a la chiquilla en su llanto:

—¡Ah, aaah! ¡Amos, quitate de ahí si no quieres...!

—¡Déjala ya a la chica!—intercedió, benigno, Venancio. Continuando taimadamente:

—Y últimamente me la mandáis a casa, veréis cómo yo le saco partido.

—¿Yo con usted?—exclamó Guadalupe, aterrada.

—No te piensas que es con ningún fin malo—dijo él.

—Sí, pero yo a su casa no voy—afirmó ella resueltamente.

—Pues docenas de chicas tengo yo colocadas a escoger trapos, con tres reales diarios y la jornada de ocho horas, y bien recontentas que están algunas.

—Algunas, sí; pero yo... yo es que no me doy maña para escoger trapos—dijo con retintín. Y volvió a repetir, con toda energía:

—Yo no voy...

—¿Oyes a la holgazanota ésta?—decía la Eufrasia a su hombre.

Pero Guadalupe, saliéndose por el corralillo, repetía obstinada:

—¿Yo, en casa del señor Venancio, con lo que tengo oído de otras? ¡Primero ladrona!

—No, si la que sale perra—decía Eulalia.

—Nosotros tenemos la culpa. Ya lo dice el dicho: «Cria cuervos...»—sentenció la Eufrasia.

Y los dos hombres reanudaron su partida de mus, mientras Guadalupe lloraba su desamparo en el corralillo de la casa.

Más tranquilizada, al cabo de un rato sacó de su bolsillo del delantal un pedazo de espejo y medio peine, atusándose el cabello.

Detalles eran éstos de curiosidad atávica o espontánea. En la casa de sus padres adoptivos—de alguna manera tenemos que llamarles—el capítulo aseo estaba tan en desuso, que difícilmente se hubiera encontrado un solo instrumento para llevarlo a cabo ni en su parte más elemental. Allí, como en el noventa y nueve por ciento de aquellas casas, nadie se lavaba, si no era cuando llovía, y nadie sentía nunca la imperiosa necesidad de peinarse. Pero Guadalupe debía encontrarse en aquel medio miserable por accidente, además de por su desgracia. Aunque criada en medio del arroyo, era más limpia de cuerpo y de alma que los pobres antes de aquel basurero, y sentía en su fondo la necesidad de volar y librarse de aquello.

UN BUEN NEGOCIO

ESTÁIS solos? — preguntó cauteloso Caneja, asomando por la puerta de la calle.

—Pasa—dijo lacónico Eulalio, interrumpiendo el juego con Venancio.

Caneja se aseguró de que nadie le había seguido, mirando a uno y otro lado de la calleja.

—Esperarme... Nadie.— Entró y cerró la puerta, acercándosele los otros tres, pendientes de sus palabras.

—¿Te seguían? — preguntó inquieta la Eufrasia.

—No sé, pero me tienen sobresaltado. Ahora, que no me trincan. Por éstas—juró besándose los dedos en cruz. Y luego preguntó:— ¿Habéis guardado eso?

—En el baúl está—le contestó Eulalio.

—¿Y de dónde...? — preguntó Eufrasia, accionando expresivamente con las manos.

—Chiquillos, he dado con la primera combina—dijo eludiendo una contestación.

—¡Gachó!—exclamó Eulalio, picando interesado.

—Y saltándome a la torera el Código Penal, que es lo grande—siguió diciendo Caneja.

—¡Eres un águila, Caneja!—alabó Venancio. Y aquél añadió:

—Y si nos asociáramos, ricos.

—Pero ¿qué dices?—inquirió Eulalio ansiosamente.

—Riquísimos; na más—remachó su compadre.

—¡Habla, por tu salud!...

—¿Qué hay que hacer?—dijo la Eufrasia, dispuesta a todo.

—Vamos a mi casa, os expongo la cosa detallada, ultimamos, y a trabajar.

—Amos allá.

—Traer eso, os pagaré en casa.

—Vamos por aquí—dijo la Eufrasia, indicando la puerta que daba al corral. Pero antes se dirigió al baúl y sacó con cuidado los objetos que fué entregando a los tres hombres.

—Con cuidado — recomendaba Venancio. Y Eulalio, soñador, afirmaba:

—Sí es verdad eso, puro después de cada comida, que es mi ideal.

Y los cuatro «conspiradores» contra el bolsillo ajeno, salieron en co-

manita por donde había indicado la Eufrasia.

En el corralillo, Guadalupe, repuesta de su disgusto, seguía acicalándose y haciéndose las ondas, mientras canturreaba. Al observarla, Eulalio dijo con sorna:

—¡Mirad, la señorita del espejo!... Amos, hombre, hasta los gatos quieren zapatos... ¡ja, ja, ja...

—¿Pero qué se querrá mirar ese pedazo de tonta?—exclamó la Eufrasia con toda su brutalidad.

Pero Guadalupe se había envalentonado:

—Lo que se mira todo el mundo: la cara—contestó, descaradilla.

—Pero si no te cabe en el cristal esa cara de torta que tienes—aseguró Eulalio.

—Es que me la miro en veces...

—¿Guasitas a mí?—preguntó muy amoscado Eulalio—. Hale... Venga el espejito y el peine... ¡A la calle toos!...—Y arrebatándole los dos objetos, tan apreciados de la muchacha, los tiró por encima de la tapia.

—¡Pero, papá!—suplicó ella, llorosa.

—Que no me digas papá, ¡que te escalabro!

Venancio y Caneja intervinieron, conciliadores, diciendo éste:

—Bueno, dejad a la chica, pobre-cilla, y a lo nuestro. Amos pa casa.

—¿Está usted viendo? ¡M'ha tirao el neceser!... ¡Maldita sea!—y Guadalupe, llorando, se entró en la casa, mientras los otros se dirigían a la de Caneja.

Mientras ella se entraba por la puerta del corral, por la que daba a la calle entraba Primi, mirando a un lado y a otro con recelo.

—¡Pero, Primi! ¿Tú por aquí?—dijo ella alegremente sorprendida.

—¡Adiós, pitusa!—correspondió el muchacho.

—Tanto tiempo sin verte, chico.

—Cuatro meses y un día—certificó el puntualmente.

—¿Has estado fuera?

—He estado... dentro.

—¿Dentro?—preguntaba ella ingenuamente, sin caer en la cuenta.

—Ahí, en la pensión Modelo.

—¡Madre!—exclamó Guadalupe, consternada.

—Me echaron seis de correccional por lo del hotel; pero me cogió un indulto, y en cuatro meses me despacharon.

—Menos mal.

—Hasta otra. ¿Y mi madre y mi padre?

—En ca el Caneja iban...

—Aguardaré —dijo filosóficamente el aprovechado vástago de aquella honorable pareja de los dueños de la casa. El y la niña se mira-

ron en silencio, y al cabo, Primi preguntó:

—¿Y tú qué haces, mamar?

—Eso quisieran aquí, pero no está en una, ya lo sabes...

—¡Pobre Guadalupe! —dijo él, compasivo.

En casa de Caneja, éste con sus tres contertulios, sentados en torno de una mesa y echándose al coleto algún vaso de tintorro, retocaban sus planes.

—Anda, desembucha tu plan —decía Eulalia.

—¿Pero tu combina...? —inquiría Venancio.

—Veréis qué sencilla, qué clara y qué fructífera. Es el huevo frito de Colón. Oído al parche.

—Venga de ahí —animaba Eulalia, cansado de tanto exordio.

—Mi chico tiene ya once años, va pa doce y, como sabéis, es más listo que un tal Cardona; pues yo pienso lo que pienso y voy un día y le meto al chaval de botones en una tienda elegante de ropa blanca de señoras, y ya me tenéis al niño recorriendo todas las casas grandes de Madrid, con su cajita al brazo. El chiquillo...

Y Primi y Guadalupe, sentados uno junto al otro, continuaban sus confidencias.

—Tú siempre, desde bien pequeña, que tienes soñado en ser más...

—decía él, acariciándole fraternalmente la cabeza — ¡Ser más!... Me tengo acordao más veces de ti, Guadalupe...

—No es que tenga sueño na, Primi, es que tengo ido por ahí de aprendiz y rodado por buenas casas del barrio de Salamanca. ¡Qué magnificas! ¡Si vieras!...

El la escuchaba interesado, y ella se deleitaba describiendo:

—Tengo visto casas que tienen cortinas de arriba abajo en todas las puertas, para que no vean en un cuarto lo que hacen en otro...

—Vivos que son —se le ocurrió comentar a Primi.

—Y a lo mejor en una pared hay un botón, aprietas así... y no oyes nada, pero viene un criado. Y cada sillera de terciopelo y de raso, que es lo grande. Y unas alfombras, tal que así de gordas, que vas a cobrar una factura y no te oyen...

—¡Qué gusto! —exclamaba sinceramente Primi. Y los dos soñaban, mientras en la otra casa remataban un sucio negocio en perspectiva.

—¿Os habéis percatado? —les decía Caneja.

—¡Cachó, qué linde! —ponderaba Eulalia.

—¿Y quién sospecha de una criatura con tantos botoncitos?

—Eres admirable —decía Venancio.

De pronto, el señor Eulalio sintió algo así como una idea maravillosa en el fondo de su entorpecido caletre.

—¡Recontra, caillarse!

—¿Pero...? — quería averiguar Eufrosia, intrigada.

—¡Callate!... —ordenó imperativamente, sintiendo que su idea se volatilizaba si no guardaban silencio. Luego se golpeó la frente:

—¡Ay, qué idea me has dado, Caneja!

—Me la figuró... — contestó el eludido—. ¿Vosotros no tenéis a la Guadalupe?

—¡Pues eso estaba pensando yo! — aclaró Eulalio.

—Y esa era mi idea, que quería comunicáros primero... que entre mi chico y tu chica, trabajando al mancomún...

—¡Clavao! — corroboró Eulalio.

Todos acercaban sus cabezas a los dos compadres, no queriendo perder una coma del plan de sus esperanzas. Y Caneja continuaba:

—Yo tengo preparadas unas circulares de modistas y sombrereras de lujo, para operar en grande, y si nos ponemos de acuerdo, os lo explico y...

—¡Hecho! — terminó Eulalio, poniéndose en pie.

—¡Qué negocio! — decía la Eufrosia con los ojos en blanco, único

punto de su rostro en que no podía llevar algún tiznajo. Y los hombres se golpeaban en prueba de su buena amistad e inteligencia, disponiéndose a volver todos a su punto de partida.

—Pues tú prepara a la chica — decía Caneja —, y volved luego, que os convido a unos callos.

—¡Gachó, qué linco! — sentenció el señor Venancio, con su laconismo acostumbrado.

Y Eulalio y Eufrosia se dirigieron a su casa por el camino más corto. Allí seguían la Guadalupe y Primi de conversación.

—...Y como uno quiere estar mejor y de prisa, porque la vida se va que vuela, ahí lo tienes por qué roba uno — se disculpaba Primi.

—Que no se hace uno a la miseria — decía ella —. Pero yo que tú no robaba, Primi, créeme a mí. ¡No robes, Primi! No eres mi hermano, pero yo te quiero como si fueras mi hermano... Que muchas noches me tengo acordado de ti, y me tengo preguntao: ¿Dónde estará? No robes, Primi.

Ella continuó:

—Algo más que esta miseria tiene que haber en el mundo y ¡ya lo encontraremos!... ¡Déjate!

Por la puerta aparecieron los padres de Primi. Eufrosia fué capaz de

sentir conmovidas sus extrañas y exclamó:

—¡Hijo!...

—¡Hola, madre! — correspondió él con cariño.

—¿Pero, tú? — dijo asombrado su padre.

—Salí anoche.

—¿Y cómo aquí? — siguió preguntándole su padre.

—La Gertrudis, que se ha pirao con todos los muebles—explicó Primi con amargura.

—¿Qué golfa! ¡Dala pal pelo! — exclamó Eufrosia con ira.

Y amenazador, contestó Primi con voz sorda:

—Ya me la tropezaré por ahí...

Y en verdad que no quisieramos estar en el pellejo de la Gertrudis.

—Pues anda para casa el Canje, que no sé qué quería decirte cuando salieses... — le explicó su padre. Continuando:

—Y a más, yo quería hablar con ésta a solas—dijo refiriéndose a Guadalupe.

—¿Conmigo? — preguntó inquieta la muchacha; que de aquellos parlamentos no solía salir nunca nada bueno para ella.

—Sí, rica—contestó Eulalio, dulcificando la voz.

—¡Rica! — siguió diciendo la pobre Guadalupe en el colmo de su

estupor. Mientras, Eufrosia exponía a su hijo:

—Todos vamos a comer allí. De forma, que tu vete delante y esperas hablando.

—Pues allá voy.

—Arregla eso—dijo Eulalio a su costilla, haciéndole una seña expresiva para que lo dejara solo con Guadalupe. —Ahora mismo—dijo ella comprendiendo. Y se metió en el tabuco denominado alcoba, porque de alguna manera había que llamarlo.

—Bueno, ya estamos solitos—dijo Eulalio frotándose las manos.

—Sí, señor—decía la pobre chica retrocediendo asustada.

—Arrimate una mija a la calorcita del brasero—continuó él muy amablemente.

—¿Yo? — decía ella, recordando que hacía poco la había arrojado de allí con los peores modales.

—Anda, no tengas miedo, que tu papá no se come a nadie.

—¿Papá?... — Y la pobre chica se pellizcó, por creerse que soñaba.

—Anda, arrimate.

La chiquilla se acercó poco a poco, sentándose a la camilla y tendiendo sus manos rojas hacia aquel bienestar desusado.

—Y toma un poco de vino—dijo Eulalio sirviéndole un vaso.

—¡Vino yo!!

—Esto entonces—aseguró él cordialmente.

—Gracias —dijo ella, bebiendo un sorbo.

Eulalio se sentó junto a la niña:

—Bueno, hijita, tú ya ves cómo estamos, rica.

—¿Yo?

—Sí, hijita mía, que ya ves nuestra situación, porque, si dijéramos, aquí llega un día y se come... ¿Pero qué se come aquí?

—Muy poca cosa—recordó ella, sinceramente.

—Tú te acuerdas de lo que comiste ayer?

—Sí, señor... nada.

—¿Y anteyayer?

—Lo mismo, sino que con guisantes.

A Eulalio no le hizo gracia la guasa de Guadalupe, y dijo amoscado:

—Oye, niña, que la cosa no es para chufas, rica. Que aquí nadie estamos para comernos la sopa boba.

—Yo no digo boba, ni distraída siquiera.

—Por lo tanto, hay que espabilarme, sea como sea, y traer algo para casita: ¿Entiendes, cielo?

La Guadalupe no entendía del todo.

—Sí, señor, ya sabe usted que

una servidora, en lo que pueda trabajar...

—No es trabajar a lo que alude tu papá, ¿entiendes? Yo no digo tonterías... —y confidencialmente, se acercó casi a su oído, continuando:

—Tu papá lo que quiere es que seas una chica de provecho...

—¿De qué provecho?—dijo ella, bajando también la voz, instintivamente.

—A eso voy. —Pero asaltado de una idea, se levantó y de una alacena sacó algunos comestibles.

—Pero, anda, siéntate aquí y cómete una tajadita de bacalao, que me guardaba para mí... y un cacho de pan... ¡Anda, pa que veas!

La pobre niña hambrienta vió el cielo abierto, y se dispuso a dar buena cuenta de todo aquello:

—Pero yo!... ¡Que me coma yo!...

—Anda, que está muy bueno y bébete otro traguito.

—¡Ay!, sí que está bueno... Bueno, y qué puedo hacer yo pa... pa...—preguntó, queriendo corresponder a tanta fineza.

—No te atragantes, cielo—decía él, viéndola comer con tanta ansia, que la hizo atragantarse, efectivamente.

—Es de lo que me gusta—explicó ella.

—Pues yo lo que quería de ti...
—comenzó Eulalio, algo embarazado, antes de entrar en materia—
Bueno, tú te acordarás que de la última modista que tuviste nos quedamos con una de las cajas de devolver...

—Sí, señor; una caja de devolver... que no devolvimos—contestó Guadalupe, refrescando sus recuerdos.

—Exacto—confirmó Eulalio, sintiéndose ya más inspirado.

—Yo, que soy muy curioso—siguió—, conservo por casualidad una pequeña lista de nombres de parroquianos de madame Gorguin... Como, por ejemplo, la señora de Barcaza e hija, esas americanas tan riquísimas que...

—Sí, señor; Serrano, 95 triplicado...

—Las mismas. Pues tu papá quiere que cojas la cajita ahora mismo, ¿sabes?, y con una circular de esas diciendo que acaban de llegar de París, etc..., pues vayas a la calle de Serrano, 95..., llames a la puerta, entres, y nada... miras para que no te sorprendan y nada... Coges una cosita cualquiera...

Guadalupe dejó de comer, aterrada ante lo que estaba escuchando.

—¿Como una cosita?—dijo, no queriendo comprender.

—Un cuadrillo, una bandejita de plata, un objeto manuable que quepa dentro de la cajita, ¿entiendes?

—¿Robar otra vez?—dijo, desconsolada.

—Pero, ¿quién te ha dicho robar, so animal!—gritó, exasperado, Eulalio. Añadiendo, como una tranquilizadora aclaración:

—Es substraer...

—¡Ay no, padre, yo no substraigo nada!

—¿Es decir, que te niegas?

—Sí, señor... No, yo no robo...

—Pues hale, trae el bacalao, venga el pan, deja el vino...—dijo airado aquel dulce «papá», retirándole lo que quedaba del misero festín.

—¡Pero, papá!...—decía la pequeña, atemorizada.

—¡A mí no me digas papá porque te rebano!...—siguió aquella fiera.

La niña se escondió en un rincón, aterrada ante el giro que tomaban las cosas, y para su desgracia, de la alcoba salió la Eufrosia como un basilisco, dirigiéndose a pegarla con encono:

—¿Lo estás viendo?... ¡Mala entraña!... ¡Alma negra!... ¡Ven aquí!...

—¡Pero, madre!

—¡So boba!... ¿No quieres tra-

bajar? ¡Hale! Tira p' delante... Andando...

—¿Pero, adónde me lleva usted?

—A casa del señor Venancio.

Guadalupe pegó un grito, horrorizada:

—¡No!!... ¡A casa del señor Venancio, no! ¡Eso sí que no!

—¡A casa del señor Venancio, holgazana! —dijo la Eufrasia, empujándola sin piedad.

Guadalupe se dirigió suplicante hacia Eulalio:

—No, eso no! Prefiero lo otro... Déme usted la caja y lo que sea todo, todo...

—¿Ves? ¡Eso le gusta a tu papá!... Que seas obediente —dijo, dirigiéndose a la alcoba a buscar la caja y las listas de que habían hablado.

—Negarse a... —decía la Eufrasia, tremando de cólera.

—Deja a la criatura! —intercedía Eulalio desde la alcoba—. No la amenesces...

Y volviendo con lo que había ido a buscar, se lo entregó a Guadalupe, que lo recogió resignada, mientras él seguía diciendo:

—Si ella en el fondo es buena. Aquí tienes la cajita y la circular, ¡Cielo!

—Sí, señor... —contestaba ella, temblorosa.

—Ponle la toquilla al Angel, que

hace muchísimo frío —dijo él, cariñoso y entrañable, invitando a su costilla a despojarse de la que traía puesta. La Eufrasia, aunque no de muy buena gana, obedeció, mientras decía:

—Toma, descastada... Después que una la quiere y que por ella...

—Venga —dijo Guadalupe, guardando la circular en la caja y poniéndose la toquilla.

—Ya sabes dónde... Son señoras solas, no tengas cuidado.

—Sí, señor.

—Tranquilidad, y si tienes ocasión, todo lo que puedas, ¿eh?

—Sí, señor... ¡Adiós!

—Abrigáte, que empieza a nevar —recomendó la Eufrasia, humanizada ante la esperanza del negocio.

—Sí, señor; adiós, adiós.

Efectivamente, empezaba a caer una copiosa nevada, que al abrir la puerta de la calle para salir, azotó con sus copos la cara de Guadalupe.

La pobre niña empezó a andar, lentamente, como tímida y avergonzada, pegada a las paredes de las casuchas del barrio, y a los pocos pasos se detuvo en una esquina para tomar aliento...

En tanto, en la casa de Eulalio, éste y la Eufrasia echaban sus cuentas para el porvenir.

—¡Como la entrenemos, el ne-

gucio es loco!—decía él— ¡Hale! Cógete las patatas y vámonos a casa el Canca.

Eufrasia, retirando del hogar el puchero que había estado mimando toda la mañana, dijo:

—Tráete el vino y llévate la baraja, que yo te haré señas por detrás, a ver si le ganas como la otra noche...

Eulalio recogió las cartas y el vino, contestando:

—Déjame lo a mí! ¡Amos por el corralejo!

—¡Madre, cómo nieva!—exclamó ella al salir, arrebujados en sus trapos y apretándose el uno contra el otro para darse algún calor.

Guadalupe no se decidía a alejarse de allí. Volvió sobre sus pasos y miró por el ventanuco hacia el interior de su casa. No pudo reprimir un grito de alegría al comprobar que se encontraba sola. Abriendo la puerta con precaución, entró tímidamente, llamando a su gato:

—¡Pablito... bis... bis... bis...!

El gatito salió a su encuentro, estirándose percosamente, y ella le recogió cariñosa, metiéndole en la caja:

—Aquí está. Hale, vámonos, rico, que yo no vuelvo más a esta casa. No sé adónde vamos, no creas... qué puede que nos muramos de frío con la nieve que cae...

métete aquí y caliadito... Y luego, dirigiéndose a descolgar la jaula de un jilguerrillo que se veía junto a la ventana, siguió diciendo:

—Y tú, Crispín, vente también. Si te dejo aquí, el día menos pensado te frien, que los conozco. En cuanto llegue al Retiro, te suelto. Ya te llevaré pan y lo que pueda. Sí, vámonos los tres.

Mirando con pena aquella habitación, que pese a lo que en ella había padecido, era el único hogar que había conocido en este pícaro mundo, se restregó algunas lágrimas que, sin poderlo remediar, se le deslizaron por las mejillas. Pero se hizo fuerte y se dispuso a salir sin vacilaciones ni cobardías. Abrió un poco la caja para hacerle a Pablito una última recomendación:

—Pablito, abrigate, rico, que está nevando. ¿Tienes frío? No te apures, que cuando tenga posibles, ya te alfombraré la sombrerera— Y dirigiéndose al pájaro, como contestando a una reconvención que éste no había profendido, pues no había dicho ni pío, le explicó:

—Y tú ten paciencia, que al primer jornal que gane, te instalo la calefacción en la jaula.

Quedó unos instantes suspensa, en la puerta, y luego se animó ella misma:

—¡Hale, al mundo!

Y cargando con todo «su equipaje», salió decidida; esta vez tomando calle arriba con paso más acelerado.

Salió del barrio y continuó su camino; aunque todavía no muy cansadas sus piernas de pocos años, desfallecido el corazón ante lo incierto de su porvenir. La nieve caía sin piedad sobre su cuerpecillo atarido, los pies, mal calzados con unos zapatos rotos, se le empapaban en la humedad y el fango, y todo su cuidado consistía en no dar un paso en falso, que haciéndola caer, pudiera costar muy caro a los dos animalillos, que en aquel día amargo eran todo lo que le quedaba en este mundo.

Paró de nevar, al fin, aunque lo pardo y cerrado del cielo no quería decir que se hubiesen terminado sus reservas del fatal elemento. ¡Qué bonita es la nieve cuando se ha comido bien, se va bien abrigado y en casa nos espera una buena estufa y ropa seca para remediar sus efectos!

En un paseo, no sabía cuál, interminable y solitario, con sus árboles en correcta formación, como centinelas cuadrados ante el jefe, se sentó en un banco, que en aquella mañana cruel nadie le disputaría ni vendría a compartir siquiera. Puso la caja bajo sus pies, para ais-

larse de la nieve, y dejó la jaula junto a sí. Pero algo le llamó la atención... Sí. El pobre Crispín... había volado a otro mundo mejor, tal vez. Estaba muerto. Lloró pensativamente, y sacando al animalito, lo besó con ternura.

—¡Virgen Santa! ¡Pobrecito!... —exclamó.

Luego, abriendo la caja, expuso al gato:

—Ya no somos más que dos, Pablito. En cuanto no haya tanta nieve, lo enterraremos. ¡Guárdalo tú! —y metiéndolo dentro, se levantó, continuando a la ventura su frista caminar.

Llegaba a barrios más urbanos que los que dejaba atrás. Sin fuerzas, se paró a tomar aliento en un portal, única cosa que podía tomar por entonces, ya que no llevaba un céntimo encima. Allí a un pasito, estaba una castañera, vendiendo sus «calentitas». La buena mujer se fijó en la pequeña:

—¡Mal tiempo para ir por la calle!

—Sí, señora, muy mal tiempo. Tengo el frío metido en los huesos.

—Arrímate siquiera un poco a la lumbre—dijo, compasiva, la mujer.

Y Guadalupe, muy agradecida, no se hizo repetir la invitación, acercándose gozosa:

—¡Ay!, muchas gracias, señora. Después exclamó:

—¡Qué calorcito más agradable!

—¿Y adónde vas con esa jaula? —preguntó la castañera.

—Era de un jilguero que tenía y que... voló!

—Puede que mejor esté suelto.

—Puede, sí, señora —contestó ella, convencida.

—¿Y qué vas a hacer con la jaula? —preguntó la buena mujer— ¿Quieres vendérmela?

—¿Cuánto me da usted por ella? —respondió Guadalupe.

—Una peseta.

—Suya es... ¡Pa lo que yo la necesito!...

—Toma, pues... y unas castañas... —dijo, entregándole el precio convenido y un puñado de castañas, calientes, calientes, que la pequeña acogió con agradecimiento. Inmediatamente empezó a comerlas, porque era lo primero que comía desde que apenas probó el bacalao y el pan que tan pronto le quitó el señor Eulalio.

Cortésmente se despidió, y continuó su camino, un poco más confortada y apretando la peseta entre sus dedos. Pasó por delante de un cafetín de modestísimo aspecto, y calculando con su peseta, decidió descansar bajo techado por algunas

horas, hasta saber qué determinación tomar.

Deseando que nadie se fijara en ella, tomó asiento en una mesa escondida.

Un camarero se le acercó:

—¿Qué va a ser?

—Un recuelo y una bola —dijo ella, echando sus cuentas.

El camarero se alejó a servirla lo pedido, no sin examinarla con alguna desconfianza. Mientras, ella conversaba con su gato, sacándole de su encierro.

—Amos, Pablito, que ya te toca respirar un poco.

Al sacar al animalejo, algo topó en el fondo de la caja que la movió a registrarla apresuradamente. Entre los dedos se les desmayó un montón de plumillas.

—¡Maldita sea!... —dijo, llorando con rabia, comprendiendo lo que había pasado— ¿Pero qué has hecho, descastao?... ¡Te has comido a Crispín!... ¡Mira que no respetar que estaba muerto ni na!... ¡Que tenías hambre!... ¡Más hambre tengo yo y me aguanto!... ¡Y yo soy persona y tú no!... ¡Tan amigos como éramos! ¡Anda, pues a la caja otra vez!

Y cogiendo a Pablito con menos ternura de lo que tenía por costumbre, lo zambulló en la caja con gran indignación.

—Aquí tienes el recuelo —dijo el camarero, sirviéndole lo pedido.

—¡Pa' recuelos estoy yo! —contestó ella, amargamente.

El se encogió de hombros, y ella, al comprobar que el mejunje venía muy calentito, empezó a beber, muy satisfecha, aunque todavía haciendo pucheritos, al recordar el triste fin de Crispín y la charranada de Pablito.

El cafetín estaba muy animado y la chiquilla seguía, distraída, las idas y venidas de la gente.

Pero las horas pasaban y el camarero... también por delante de aquella cliente que, con tan poco gasto, prolongaba su estancia de aquella manera.

—Otra bola —dijo ella al cabo de bastante tiempo, para justificarse.

—¡Y van tres! —contestó, despectivo, el camarero.

—Ya sé contar. ¡Mira éste! —respondió ella, saliéndole la chullita por todos sus poros.

Con el calorillo la entró sueño, y se quedó dormida de brudes sobre el velador. El reloj del establecimiento anunciaba las cuatro, que eran de la madrugada. El camarero movió las sillas para despertar a Guadalupe. Esta despertó, efectivamente, diciendo rápida:

—Otra bola y van cuatro.

—Ya, ya... —respondió el hombre.

Y eran las cinco, cuando los sirvientes del café empezaron a poner las sillas sobre los veladores, para dejarlo todo recogido. El que sirvió a Guadalupe la despertó sin contemplaciones:

—¡Que son las cinco y no hay más bolas! ¡Que vamos a cerrar!

—Está bien, hombre, está bien... ¡Qué maneras de despertar! Tómeme... —y sacando la peseta, le pagó.

—Cuenta redonda —dijo el camarero.

—Pues lo que sobre pa' usted... y buenos días.

Y perezosamente, emprendió su camino en la noche negra poblada de fantasmas de hambre y de frío.

Geminaba, caminaba en el más triste y desesperado de los paseos... que es aquel cuyo fin no se puede entrever. Se dejó caer en el quicio de una puerta, sentándose sobre la caja y cerrando los ojos. Allí cerca parpadeaba un farol, que por fin se apagó... Pero Guadalupe no podía notarlo porque se había quedado dormida. Empezó a soñar y soñó con un escaparate lleno de todas las golosinas que no había probado nunca, de aquellas golosinas que la hicieron perder mucho tiempo en su vida, con la nariz pe-

gada a los escaparates que las ostentaban. En sueños, siempre, decidió volver a su casa. Llegó rápidamente, y al verla regresar con las manos vacías, la Eufrasia la pegaba brutalmente... La hacía daño y luego la echó de su casa, cayendo ella delante de la puerta y lastimándose al caer. Y encima alguien la zarandeaba para que se levantara inmediatamente.

—¡Eh!... ¿Qué haces tú aquí? —la decía un guardia, tratando de despertarla.

—¡Eh!... ¡Ah, sí... sí, señor... sí...

—¡A dormir a tu casa! ¡Hala! —repitió el guardia... sin saber lo que podía, naturalmente, aunque cumpliendo con su obligación.

—Sí, señor, sí... —volvió a decir Guadalupe, poniéndose en camino otra vez. Las fuerzas iban a faltarle y su cabeza devanaba rápidamente varios pensamientos... Volver a casa... No volver... Pero, ¿adónde ir, entonces? Recordó el sueño: la Eufrasia la golpeaba brutalmente, al verla regresar con las manos vacías...

Se apoyó en un farol. Abrió la caja y sacó de su fondo la circular aquella que Eulalia le diera con tantas recomendaciones... y decididamente echó a andar.

Ya estaban abiertos todos los

portales. Las gentes empezaban su vida, saliendo cada cual a su ocupación, y ella pudo llegar hasta el final de aquella calle de Serrano, tan larga, tan larga...

Subió al piso de las señoras de Barcaza, y pasaron unos segundos antes de decidirse a pulsar el timbre. De miedo y de debilidad, algunas gotas de sudor la mojaban la frente.

Dentro, en el soberbio «hall» tan confortable como la casa toda, Paco, el botones, un muchacho como de veinte años, espigadillo y presuntuoso «charylaba», aunque por señas, con el muchacho del colegio de sordo-mudos, que había llevado el recibo de la limosna mensual por la que las caricativas señoras de aquella casa se hallaban suscritas.

El mudo era expresivísimo, y ora se soplaban los dedos, para dar a entender el frío que traía encima, ora abrazaba a Paco, para manifestarle su agradecimiento, mientras éste decía:

—¡Que sí, salao!... Está el día pa comer barquillos... Siéntate. ¿Traes el recibo del colegio de Sordo-Mudos?

Con las manos le indicó la acción de pagar, y el mudo, sacando un recibo de una cartera, se lo tendió, abrazándole nuevamente y en-

tregándose a una mímica festiva y contagiada.

—¡Eres más chingotero! ¡Tunaria!—alababa el botones. Después le dio algún cariñoso pescozón, amable y rápidamente correspondido, sentenciando al fin:

—Eres más chulo que un ocho.

El mudo se contoneaba, presumido y jactancioso, y Paco seguía:

—¿La panocha, eh? ¿Y aquella novia tan preciosa que tenías?

El mudo le indicó por señas que era muda también.

—Ya sé que era muda, pero de abrigo. ¡Qué guapa!—Y como el mudo le indicó por señas que habían tenido un disgusto, preguntó:

—Pero, ¿por qué regañásteis? ¿Qué tuvisteis unas palabras?... Sería unas señas—Y ante los nuevos gestos del mudo:

—¿Te has olvidado? Bien hecho... Oye, ¿estuviste en los toros el domingo?

El mudo empezó a torear por lo fino.

—Fue superior la novillada—decía Paco. Y luego preguntó al mudo:

—Oye, ¿tienes tabaco?

Pero el mudo se sentó, inexpressivo.

—¿Que si tienes tabaco?—repitió Paco. Y como en aquel momento sonara el timbre de la puerta,

abandonando su presa, se dirigió a abrir.

—¡Qué manera de llamar tanto aquí!—refunfuñó.

En la puerta estaba Guadalupe, livida, temblorosa, muerta de frío... Más que hablar, pudo sólo balbucir:

—Bue... buenos días...

—Regulares—contestó desabrido Paco, al ver el aspecto de la pobre muchacha.

Esta sacó la circular y leyó en el sobre:

—La se...ñora de Barcaza o hi... hija? ¿Está la señora?

—Está, pero como si no estuviera—dijo él.

—Como si no... es que una servidora soy la... soy la aprendiz de Casa de Madame Gorguin...

—¿Madame qué?

—Gorguin—dijo ella, temerosa, perdiendo el poco aplomo que la quedaba.

—¿Gorguin?—repitió Paco.

—Gorguin—volvió a decir Guadalupe, refrenando sus deseos de escapar escaleras abajo.

—¿Qué cosa más rara!

—Sí, señor; pero yo... yo no tengo la culpa y traigo una carta de la madame para la señora, ofreciéndole las modas de la presente estación.

—Pues a la señora no se le pue-

de pasar nada—sentenció el botones.

—¿No se le puede pasar nada?

—dijo ella con profundo desaliento.

—Está en el baño.

—¿Está en el baño?

—Oye, chica, ¿eres de repetición?—dijo Paco, amoscado.

—No, señor... es que... Y lo del baño, si no es curiosidad, ¿está pa mucho tiempo?

—Para todo el que necesite.

—No; si lo digo por si me podría esperar aquí dentro, porque hace un frío...

—Para entrar, lo primero ties que limpiarte eso que traes en los pies.

—Son zapatos—explicó Guadalupe.

—Que te crees tú eso—dijo él, despectivo.

—Hombre, no digamos que llevo unos Luis XV, pero, vamos, lo que una puede...

—A ver dónde pones los pies, no me manches las alfombras...

Guadalupe entró tímidamente, con el mayor cuidado posible, mientras decía:

—Pues, como no los ponga en el perchero...

—¡Venga la carta!—exigió aquel dictador.

—Tome usted, y hágame el favor de decirle a la señora...

—Sé lo que tengo que decirle.

—Hijo, usted dispense...

—No hay de qué.—Y luego de echarla una mirada recelosa, giró sobre los talones y se metió por detrás de una pesada cortina que había en el fondo.

—¡Este chico me azara a mí! Yo no creía que había botones tan grandes.

El mudo la sonreía, y ella le correspondió, amablemente.

—¡Qué señor más amable!—Y dirigiéndose a él, le habló en tono confidencial:

—¿Ha visto usted qué chico? Tiene la antipatía por arrobos. ¡Tanto orgullo por dos docenas de botones! Porque vamos, por otra cosa, no creo yo que presumas...

El mudo le hacía señales de asentimiento, y entretanto, al paso de Paco, camino del cuarto de la señora, salió Sebastiana.

—¡Paco! ¿Estás solo?

—Solo... con tu recuerdo. ¡gitana!

—¿Puedo pasar?

—No, por Dios, Sebastiana, hay que tener prudencia. Luego iré por la cocina.

—Es que como sé que te gustan mucho los «ails de volalies» a la fricasé, pues te traía los primeros

L A C H I C A D E L G A T O



—No te atragantes, cie-
la—decía él.

—¡Qué bonita es la nieve
cuando se ha comido bien!



—Tú estás una chiquilla
romántica.



—Bae... buenos días...

LA CHICA DEL GATO



—¿Margar? No comprende.

—¡Tome usted!... ¡Tome usted!



—Yo no conozco mas m-
sica que Brahms, Crok,
Bach, Litz, Grieg, Gluk...



—¿Qué color de pelo más
precioso?



—A esa niña la tengo ya sentadita en la boca del estómago.



—A mí no me puede pasar nada en la cocina, (estamos)...



—¡Pues es un sofá!—dijo ella, sin que su enemigo lo advirtiera.



—¡Qué buena eres, Guadalupe!...



Pa—(Se muerden)... ¡Por
Dios, calma, no se digan
estas cosas!

—Sentémonos y arrime-
se usted, que no quiero grí-
tar...



—¿Pechuga y a la perfi-
gurdina? ¡Soy tuyo irrevocablemente!



—¡Este gatito tener mo-
cha culpa!

que he hecho—dijo la amorosa cocinera, mostrándole un plato.

—¡Gracias, muchacha! Tú siempre tan nutritiva. Lo que estás haciendo por mi nutrición no te lo pago yo ni engordando... Pero, aho-

ra, máchate, encanto, que pueden salir y...

—¡Ven a la cocina, verás qué bocao más rico!

—No tardó, pero... despeja ahora.

EN GRAVE PELIGRO

GUADALUPE seguía sentada junto al mudo, sin comprender todavía que lo era.

—No, a mí dígame lo que quiera que no se lo digo al botones—le prometía. El mudo le hacía señas, que ella no entendía, y creyendo comprender, se levantó y fue a mirar por detrás de la cortina por donde Paco había desaparecido.

—¿Qué...? ¡No lo oigo! ¿Es que hay enfermos?... ¡Vaya un recibimiento!... ¡Y no lo digo por el que me ha hecho el botones, sino por el de la casa!

El mudo la miraba sonriendo.

—¡Qué alegre y qué callado es usted!—dijo espontánea.

Paco apareció, y entregándole al mudo dinero, dijo:

—Ahí van las tres pesetas.

El mudo las recogió y le abrazó.

largándole por fin un cariñoso cogotazo. Después hizo a Guadalupe una señal de despedida y salió.

—Vete con Dios—le despidió Paco.

—Diga... ¿es mudo?—preguntó entonces Guadalupe, cayendo en la cuenta.

—Más vale ser mudo que hablar de más—dijo Paco muy serio.

—Ya lo sé, sí, señor: pero, hijo, es que...

Paco volvió a desaparecer, y la muchacha, levantándose, empezó a pasar revista a la habitación. Un pernillo faldero, limpio y bonito como un ovillo de seda, entró ladrando, amenazador. Guadalupe se agachó a cogerlo.

—¡Calla, chucho! ¡Calla, por favor!... ¡Y qué bonito es!

Abrió la caja y sacó a su gato, poniéndole frente al perro.

—¿Ves?... Aquí hay perro. ¡Castigo de Dios! Ahora le habría de dejar que te mordiese por malo. ¡So gaudul!

Y dirigiéndose al perro, animó:

—¡Cómetelo, anda! No te asustes, no...

Y dirigiéndose a Pablito, rencorosa, dijo:

—No tengas miedo, sinvergüenza!... Eso te vale, que una es blanda... Y tú, por Dios, cállate, no me pierdas. ¡Hala pa dentro! —Y encerrando otra vez al gato, dejó al perrillo sobre la alfombra. Después pasó revista a la habitación con ojos espantados.

—Animo—se dijo con un terror singular. Y tomó algunos objetos en sus manos, que como si le quemasen volvía a dejar en seguida en su sitio. Al fin se decidió por un cuadro pequeño que estaba colgado en un rincón, sobre un bagueño.

Lo descolgó rápidamente y lo guardó en la caja. Jadeaba como si acabara de subir una empinada cuesta... El gato, al sentir el objeto que le restaba parte de su cuarto de estar, comenzó a dar unos leves maullidos...

—¡No mames ahora, que me pierdes!—le dijo Guadalupe, temblorosa. No sabía que hacer, si sentarse, si escapar... Se decidió por esto último, y al abrir la puerta de

la calle, para salir, se encontró frente a frente a Nena, la señorita de la casa, que regresaba de misa.

—¡Ay!—gritó, asustada, la pobre ladronzuela.

—¿Quién?—dijo Nena, asustada también, al ver el estado de terror de la niña.

—Era yo que me iba...

—Pero, ¿qué te pasa?... Estás pálida, temblorosa... ¿Qué tienes?

—Nada, señorita; es que yo... que me he puesto enferma, y... me voy a la calle porque...

—¿Enferma?... ¡Jesús!... ¡Si estás livida, fría!... Pasa, pasa...

—No, no... de que yo me vea en la calle...

Nena cerró la puerta, resuelta, impidiendo a Guadalupe que saliera.

—De ningún modo—dijo—. ¡Pero si te vas a caer!... Estás muy mala!... ¡Mamita!... ¡Paco!... ¡Luisa!...

Guadalupe, aterrada, la suplicaba que callase.

—No, por Dios, no llame usted. Pero Nena no le hacía caso.

—Pronto... ¡Vengan! ¡Vengan!...

Entraron precipitadamente Paco y la doncella, que se llamaba Luisa, preguntando ésta:

—¿Qué sucede, señorita?

—Esta muchacha que se ha puesto enferma...

—La aprendiz! — exclamó Paco.

Guadalupe, mirando con angustia el lugar vacío que dejara el cuadruto que llevaba en la caja, suspiraba:

—Ay, Dios mío!...

La doncella se acercó a asistirle.

—¡Qué temblor! — comentaba asustada— Esta chica debe de haber cogido...

—¿Yo? — contestó Guadalupe, con un tono indefinible.

—Debe de haber cogido un pasmo — dijo Luisa, completando su pensamiento.

—¡Ah! — gimió Guadalupe, más tranquila.

—Sí, sí... — decía Nena — ¡Está heladita! Anda, ponte mi abrigo, póntelo, anda...

Y uniendo la acción a la palabra, se lo quitó, echándoselo a Guadalupe por los hombros. Esta estaba confundida.

—Señorita, por Dios!...

—Verás cómo entras en calor. Luego, dirigiéndose a los sirvientes, ordenó:

—Tú, a escape, trae una taza de caldo y una copa de jerez, y tú, unos zapatos míos...

—¡Pero, por Dios! — suplicaba Guadalupe.

—¡Pobre criatura! — decía Nena, al verla tan humilde y agradecida.

La pequeña quiso arrodillarse a los pies de la señorita:

—¡Ay, señorita de mi alma, qué buena es usted!...

—Levántate, ven aquí, siéntate...

Al intentar levantarla, Guadalupe vaciló.

—Pero si vas a desvanecerte — decía Nena, asustada — ¡Espera, voy por las sales que te reanimarán!

Hizo sentar a la chiquilla y salió en busca de las sales. Guadalupe, al verse sola, completamente arrepentida de su falta, sacó el cuadruto de la caja y se acercó a dejarlo en donde lo había cogido. En este desdichado momento, entraba Paco, que tomó su acción por todo lo contrario:

—¡Eh! ¿Qué haces? — dijo bruscamente, tomándola por un brazo.

La pobre Guadalupe se quedó casi sin habla.

—¡Ay, no, era que!...

—¿Ibas a robar un cuadro?... ¡So ladrona!...

—No, no, déjeme usted hablar... ¡No chille usted!...

Pero Paco, sin hacerla caso, empezó a dar voces.

—¡Señorita! ¿Que es una ladrona! ¿Que la he cogido robando! ¡Señorita!...

A sus gritos acudieron Luisa, que traía unos zapatos de Nena en la mano, y Julia, otra doncella, que se acercaron a Paco:

—Pero, ¿qué dices? —inquirió Luisa.

—Que se iba a llevar ese cuadro—afirmó Paco.

—No, si es que lo dejaba —se disculpaba Guadalupe.

—¡Señorita, que es una ladrona! —comenzó a gritar también Luisa, ayudando a Paco.

—¡Que la hemos cogido! —gritaba asimismo Julia.

A sus voces acudió Nena, interrogándoles:

—¿Una ladrona?

—Se lo quería llevar —afirmó Paco, señalando el cuerpo del delito.

—¿Tú? —exclamó Nena, no queriendo dar crédito a sus oídos.

Pero Guadalupe se echó a sus pies, suplicando llorosa:

—No, por Dios, señorita. ¡Diga usted que no!... ¡Diga usted que no!...

—¡Avisa a Prudencio que llame a los guardias! —ordenó Paco a Luisa, tomando el mando de la plaza.

Pero Guadalupe suplicaba, desesperada:

—No, por Dios, señorita, perdón!... ¡A los guardias, no!... ¡Que me atarán!...

—Pero, ¿qué has hecho? —preguntó Nena, llena de compasión.

—¡Ladrona! —exclamó, arrogante e implacable, Luisa.

—¡Por Dios, que no me maltraten, que yo se lo contaré todo a la señorita!...

—¡No le haga usted caso! —insistía Luisa.

—¡Que pague en la cárcel! —gritaba, pudibundo, Paco.

—¡Marchaos, callad! —ordenó Nena, imponiéndose—. ¡Dejadla conmigo! ¡Suéltala! —tuvo que decir a Paco, quien la sujetaba fuertemente.

—Pero... —dijo éste, confuso.

—¡Marchaos, he dicho!... Tú, Julia, tráela un caldo...

—Pero mire usted...

—¡Marchaos!... —insistió, imperativa, la señorita de la casa.

Al salir los criados, Nena ayudó a Guadalupe a sentarse en un sillón, acariciándola con ternura.

—Ven aquí, levanta, calma... Tranquilízate y ver—y pensándolo mejor la condujo a un saloncito contiguo, más íntimo que el «hall».

—Anda, sosségate. Siéntate y habla... ¿Por qué has cogido el cuadro?

—Pues, la verdad, señorita... Es que me mandan, es que me obligan... Es que si vuelvo a casa sin

llevar nada me matan de una paliza...

—¿Tus padres?...

—No, señora; unos que me tienen recogida.

—Pero tus padres, ¿quiénes son?

—No se lo puedo decir con seguridad—dijo la infeliz.

—¿Cómo te llamas?—la preguntó Nena, llena de caridad hacia aquel pobre ser.

—Guadalupe.

—¿Sólo?

—Poco más debe de ser, porque nunca me ha enterado—contestó ingenuamente aquella pobre, que por no tener, no tenía ni apellidos siquiera.

Mientras esto ocurría entre las dos, en la cocina se había reunido la servidumbre, conspirando descontenta:

—¡Pero la señorita es tonta! Mira que no dejar que llamáseis a los guardias...—decía Sebastiana, la cocinera.

—A lo mejor es una buena chica—argüía Julia, una de las doncellitas, que tenía buen corazón.

—Esa... con la pinta paga—decía Paco, muy cargado de razón.

—Además, eso es fomentar el robo—dijo Luisa, que sabía cuanto podía, siempre que la mandaban de compras.

—Bueno, tú no te disgustes, Pa-

co—decía Sebastiana, que bebía los vientos por el botones y lo tenía insuportable de mimado y contemplado. Pero éste, si se disgustaba, no perdía el apetito. Había echado mano a una fuente de fritos que había sobre una mesa, y despachaba unos cuantos a regular velocidad.

—¿Tienes apetito?... ¿Quieres un muslito de pollo?—seguía obsesiva la Sebastiana.

—No, ahora no quiero nada, déjalo pa' luego—contestó él, olímpico.

—Es que debes estar desfallecido, nene...

—Sebastiana—dijo Julia, interrumpiendo aquel tierno idilio gastronómico—, prepárame una taza de caldo para la mangante.

—Y encima la quieren nutrir—gruñía Sebastiana. Y contestó despectiva:

—Tómalo tú misma, si quieres...

Pero Paco no quería dejar las cosas de tal manera. Propuso:

—Yo creo que lo mejor sería dar cuenta de ello a don Sigmundo.

—Muy bien pensado; él lo arreglará todo—opinó Luisa.

—Al fin y al cabo, es el que manda aquí—decidió Sebastiana.

—Pues vamos a notificárselo antes de que sea demasiado tarde

—añadió Paco.

—Y yo os acompaño—dijo Sebastiana.

—Pues andando. ¡Estaríamos aviaos!

—¡Se acabó el quijotismo!—exclamaba Paco.

—¿Y que lo digas!—corroboró su incondicional Sebastiana.

Guadalupe, entretanto, había hecho el pequeño relato de sus desdichas, desde que tuvo conocimiento de sí.

—Y tengo pasado un sueño y un frío y un cansancio!...—decía—. Hasta que me ha dado un mareo y una cosa en los ojos, que me he creído que me iba a morir... Y me ha entrado un horror, que me he sentido más sola y más triste y he querido volver a mi casa. Pero como si volvía de vacío, me mataban de una paliza, por eso me he determinado a venir aquí a...

—¡Pobre criatura!—exclamaba Nena, afligida de verdad.

—¿Has pasado miseria!...

—¡Regular!

—¡Hambre!

—Como que una servidra, la comida no la ve más que en amenazas—recordaba Guadalupe.

—¡Que te doy dos tortas! ¡Que te doy un capón, que te ganas una chuleta!... Total: los mismos golpes con nombre vario...

Entrando con una bandeja donde

llevaba una taza de caldo, una copa y una botella de vino, dijo Julia:

—Con permiso. Aquí está el caldo, señorita.

—Anda, tómatelo, que esto te confortará—animó Nena. Ella misma cogió la taza y la acercó a los labios de la muchachita.

—Bebe un poquito.

—Gracias, señorita.

La doncella las había dejado solas otra vez.

Y frente al despacho de don Sigmundo, el sueco, que se había hecho el dueño en el manejo del capital de aquellas dos señoras, se paró la comisión de escaleras abajo.

En el cristal de la mampara, se leía: «Sigmundo Furchtgott».

Paco arengó a su pequeña masa:

—Dejadme hablar, que tengo más diplomacia.

—Por mí, hablas lo que quieras—dijo Luisa.

—Da su permiso—dijo Paco, dando unos golpecitos en la mampara.

Se oyó una voz que tenía un fuerte acento extranjero:

—Adelante.

Estaba don Sigmundo sentado a su mesa de trabajo, enfrascado en sus papeles y aquella ontrada en tropel de la gente de la cocina no le hizo gracia maldita.

Era el buen señor, alto, gordo,

apoplético. Llevaba el pelo, que era rubio, cortado en forma de cepillo; usaba lentes y un traje un poco estrafalario de corte y colorido, tirando a violeta y en rayas el dibujo, gastando un cuello de pajarita alto y hierático, que parecía ayudarle a sostener la cabeza, pequeña y redonda, erguida y orgullosa.

—¿Qué es esto? ¿Cómo ustedes vienen aquí? —preguntó, impertinente.

Todos querían hablar al mismo tiempo, cosa que a don Sigmundo estaba poniendo fuera de sí.

—Don Sigmundo... nos hemos tomado esta libertad porque... —decía Paco, procurando hacerse entender en medio de aquella algarabía.

—Verá usted, señor —interrumpía Sebastiana, creyendo que su versión iba a ser la más exacta.

—Es que la señorita —terciaba Luisa.

—Dejadme a mí —gritaba Paco, malhumorado.

—Es que tú... —volvía a la carga la cocinera.

—Verá usted... —insistía Luisa. Pero don Sigmundo había agotado sus escasas reservas de paciencia.

—¡Está bueno... está bueno!... ¡Entendámonos! Ustedes me cuentan, hacen el favor, pero uno detrás de uno... ¿Qué pasa?...

—Pues na, que... —decía Sebastiana.

—Verá el señor... —interrumpía Luisa.

—Ha sido una chica que... —volvía Paco a decir.

Y don Sigmundo gritaba ya como un loco:

—¡Uno detrás de uno!...

En el despacho de don Sigmundo seguran la confusión, los gritos y la desesperación del buen señor. Paco insistía, queriendo imponerse:

—Dejadme a mí, que os haréis un taco...

—¡Uno detrás de uno! —repetía machacona, aunque inútilmente, don Sigmundo. Y comentó:

—¡Oh!... ¡Los españoles nunca entienden qué cosa está el método! Todo enmadejan, todo confunden... Mueren por hablar los primeros y los últimos. ¡Explica tú! —ordenó a Paco.

—Pues na. Que ha entrao en casa una ladrona...

—¡Oh, carramba!...

—Una chica descuidada, de ésas que andan por ahí...

—¿Cómo dices? ¿Descuidadera?

—Descuidera —corrigió Paco.

—No comprende —dijo, efectivamente sin comprender.

—Pues una de esas que le gusta mangan lo que se tercia—explicó Paco, queriendo iniciarle en el argot de la calle.

Pero don Sigmundo, cada vez estaba más confundido.

—¿Mangan? No comprende...

—Coger lo que no es de uno y es de otro.

En el macizo cerebro de don Sigmundo se hizo la luz.

—¡Ah, comprende! Mismo pro-

piamente que haces tú con mis sigarillos de la petaca...

Paco se hizo el sueco a la directa del sueco, y siguió su narración.

Don Sigmundo se levantó; con andar rígido y marcial se dirigió a la puerta, mientras decía:

—¡Ya tenemos bastante de esto! ¡Ah, Nena! ¡yo pondré orden! ¡Vamos arriba!...

Y seguido por todos los invasores de su despacho, tomó las escaleras.

BIEN PAGADO

EN el saloncito, Guadalupe, recomfortada con los cuidados de Nena, que era para ella como un ángel del cielo, había recobrado su color y el vigor de su cuerpo, aterido hacia poco.

—Hoy te quedas aquí —decía Nena—y entras en calor y comes. Yo te daré ropa y duermes esta noche tranquila...

—¡Señorita-...

—Y no vuelvas a robar nunca más —dijo Nena suplicante.

—¡Ay, señorita! ¿Qué haría yo para que viera usted lo que la quie-

ro?... ¿Qué le daría yo a usted?... ¡Ah!...

Rápida, al concebir una idea, la puso en ejecución; y sacando a su gato de la caja lo puso en las manos de Nena, que retrocedió extrañada.

—¡Tome usted! ¡Tome usted!...

—¿Qué es esto?

—¡«Pablitos»!

—¿Un gato?...

—¡Lo único que tengo en este mundo! ¡No me lo desprecie usted, señorita!...

Nena se sonrió, cariñosa y conmovida.

—¡Qué monísimo! ¿No araña?

—No araña, no, señora.

Guadalupe titubeó un poco.

—No poniéndole donde hay pájaros...

Nena había presentado a Guadalupe a su madre. Esta señora, joven todavía, hermosa y de habla melosa y quejumbrosa, como tantas americanas del sur, la decía:

—Como quieras, hijita. Es una buena obra la que haces, quedatela de doncella tuya na más.

—¡Ay, qué alegría!—exclamaba Guadalupe casi en éxtasis—. ¡Yo aquí, en esta casa tan grande y tan hermosa!... ¡Dios mío!...

—Anda, ve, ve con esta muchacha—la dijo Nena señalándole a Julia—. Te dará ropa para cambiarte y te enseñará dónde está el baño.

Chuncha, como llamaban a la madre de Nena, pasándose una mano por la frente, como agobiada de dolor y preocupaciones, gesto que por lo demás era en ella habitual, dijo a su hija:

—Ahorita sólo falta que se lo tome a mal Sigmundo, que ya le conoces.

Nena quedó malhumorada al recuerdo del sueco.

Sonó en esto el timbre de la puerta, agria y repetidamente, y casi en tumulto hizo su entrada aparatosa don Sigmundo, seguido de la servidumbre.

—¿Dónde está la señorita?—preguntó altaneramente a Julia que le abrió la puerta.

—En el sazoncito de la señora.

—Yo entra ahora mismo...—chilló él, descompuesto—. Yo saco a la delincuente manguera por el brazo, y yo la entrega sin contemplaciones a la justicia humana por entremedio de la comisaría. Esto está loco, europeo y metódico...

—Voy a ver.

Julia salió y Paco quedó diciendo:

—Suerte que esto lo arregla el sueco.

—Vamos a la cocina —sugirió Sebastiana—y te tomarás el tentempié de todas las mañanas, que te debes de estar cayendo de debilidad.

—Lo que tú quieras, chacha...

—dijo Paco, dejándose convencer.

La servidumbre abandonó a don Sigmundo y se fué a la cocina a esperar los acontecimientos.

—Pero yo creo que don Sigmundo no es amo de nada —opinaba Luisa.

—¿Qué va a ser!—decía Paco. Y luego informó a sus compañeros—

El es un ingeniero de esos que les dicen quilmitos que se lo mandaron de Suecia al marido de la señora cuando estableció la fábrica...

Y mordiendo un muslo de pollo.

y echando un traguito de buen vino blanco, siguió:

—En esto que se murió el señor; la señora y la señorita se quedaron solas y el sueco les dijo que no se apuraran, que él lo sacaría todo adelante. Y hoy por hoy, él manda en la fábrica, él manda en la casa y tiene atemorizada a la señora...

—Ya veis si ese tío tiene poder, que echó de casa al señorito Alvaro, el novio de la señorita—comentó Sebastiana.

—Ahora, que don Alvaro y la señorita, yo estoy en que no han terminado—dijo, maliciosa, Luisa a la doncella.

—La señorita me se hace que va mucho a las cuarenta horas..., y para mí que de las cuarenta unas cuantas son para el novio—contestó Paco en tono confidencial.

En el gabinete de Chuncha discutían, acalorados, Nena y don Sigmundo, mientras la primera, medio desvanecida en un sofá, afligidísima, trataba de ponerles de acuerdo.

—¡He dicho que se queda aquí, y se queda!—decía Nena con toda la energía de que era capaz.

—Nena, mi hijita, cede no más...—suplicaba con angustia.

—No, mamá, no cedo—decía intransigente Nena defendiendo su buena causa.

—Tú estás una chiquilla romántica...

—¡A mucha honra!

Nena se abrazó a su madre, diciéndola suplicante:

—Madre, ayúdame tú. Di que también tú quieres que se quede... Nosotras no sabemos lo que son miserias... ¡Si la oyeras, madre!... No nos cuesta nada... Es cargo de conciencia...

—¡Dice bien mi hijita!... ¡Cargo de conciencia no más!—dijo dejándose convencer— ¿No le parece?—consultó con el alterado don Sigmundo.

Don Sigmundo se paró en seco frente a ella y echando chispas por los ojos barbotó:

—¡Razones me desbordan más de miles, por encima de todos los cabellos!...

—Sigmundo, Nena... ¡no me so- toquen que me amaga la crisis!... ¡Que les veo dobles!... Sigmundo, véngase a razones—insistía Chuncha— Es no más un capricho. Déjela el juguete...

—¡Una buena mujer no necesita otro juguete sino un marido!

—Pero hasta que lo tenga...—arguyó Nena.

—Pero ahora está más urgente tratar del otro asunto; que venga la jóvena del gato, que comparece aquí

la delincuente para entregarla a los vigilantes-guardias.

—Pero... —quería defender Nena. Y él siguió como un martillo pilón:

—Para entregarla a los vigilantes-guardias de mangueras...

Y acercándose al timbre, lo pulsó rabiosamente, una y mil veces, en un repiqueteo ensordecedor.

Doña Chuncha, ya loca, gemía:

—¡Por Dios, Sigmundo, que tengo el timbre en la cabeza... ¡Que me ataca el vértigo!...

—¿Llamaban las señoras?—preguntó Paco, apareciendo.

—¿Señor?—decía Luisa.

—Traígame en seguida a la delincuente descuidadera, ¡esté como se encuentre! ¡Volando!

—Sí, señor—dijeron los dos criados, saliendo a cumplir el encargo.

Sebastiana se asomaba curiosa a la puerta, espiando los acontecimientos. Julia, saliendo del cuarto de baño, la preguntó:

—Oye, Sebastiana, ¿qué era ese timbre?

—Que parece que había alarma en el gabinete—contestó ésta.

Paco llegó con muchos humos y ordenó a su compañera:

—Oye, tú, avisa a esa mostrenca que don Sigmundo quiere verla al instante.

Y apenas pudo terminar las últi-

mas palabras, pues se quedó con la boca abierta al contemplar a Guadalupe completamente transformada, limpia, repelinada y vistiendo un vestidito de doncella y unos zapatos nuevos.

Siguiendo a Guadalupe y a Luna venían todos los demás de la servidumbre, curiosos de ver en qué paraba aquello, aunque quedándose a la puerta discretamente.

—Aquí está la chica—dijo Luisa presentándola.

A don Sigmundo por poco se le caen los lentes de la nariz. Abriendo la boca, admirado gratamente, dejó escapar una exclamación:

—¡Oh?... ¿Esta es la jóvena... del descuidamiento?

—Ella misma, Sigmundo—dijo Chuncha.

—Esta es, ¿qué te parece?—le preguntó Nena con retintín.

—¡Oh!... —sólo acertó a decir esbozando una estúpida sonrisa, al mismo tiempo que la pasaba revista de los pies a la cabeza.

Guadalupe sonreía, entre confusa y divertida, al ver el efecto que causaba en todos, pero muy especialmente en aquel mastodonte.

Paco también ponderaba:

—¿Rediez? ¡Si no parece ella!

—¿Llamamos a los guardias?

—decía Nena con malicia.

—¡Oh, tú siempre estás querien-

do volar!...—replicó él—. ¡Calma, calma, lógica... método!

—¡Pero qué bonita!—decía Paco, casi jaleándola a media voz.

—¿Aviso a la pareja?—dijo Sebastiana amargada.

—¡Quieta!... —le replicó su amor—. Nada de ligerezas... A lo mejor se precipita uno, comete una injusticia, y luego... ¿Rediez con la chica del gato? ¿Lo que hace el decorado!...

Sebastiana le pegó un pellizco que le arrancó un grito de dolor.

—¡Ay!... Estáte quieta.

—¡Oh, las mujeres, las mujeres, siempre salirse con la suya!...

Nena le decía a Guadalupe, contentísima.

—¿Lo ves? Ya está todo arreglado.

De una iglesia salían Nena, Alvaro, su novio, y doña Tula, la señora de compañía.

—Por Dios, tengan prudencia, no me comprometan—decía ésta.

—Descuide usted—decía el simpático muchacho—. Las acompañaré hasta la esquina solamente.

—Ya ves si esto es vida—se quejaba Nena amargamente—. Tenemos que ver así, a escondidas, y todo por ese sueco... con la angustia siempre de que pueda sorprendernos.

—No te preocupe, que ya se arreglarán las cosas—la consolaba él—. ¡Mientras tú me quieras!...

—El quererte es lo que me da valentía y fuerza para soportarlo todo.

—¡Mi nena!...

En la calle seguían despidiéndose la pareja amorosa bajo la protección de doña Tula.

—Antes monja que transigir en las pretensiones de Sigmundo—gimoteaba Nena.

—No llores, nenita, que no quiero verte afligida. Tengamos confianza en nuestro cariño—decía él muy animoso.

—Vámonos, hija, vámonos—apremiaba doña Tula, apurada.

—Adiós, Alvaro—se despidió, al fin, Nena.

—¿Hasta mañana?—dijo él con interés.

—Sí, a la misma hora—prometió Nena.

—Adiós, adiós, doña Tula...

Y se quedó plantado en la acera mirando alejarse a su novia, que aun se volvió un par de veces antes de doblar la esquina.

En la cocina, mientras Sebastiana preparaba los desayunos y Paco limpiaba los zapatos, Guadalupe, que aguardaba la hora de servir aquéllos, preguntaba:

—Esta señora que acompaña a la señorita, ¿quién es?

—Doña Tula, la carabina—la informó el botones.

—¿Cómo la carabina? —decía Guadalupe, a la que extrañó el mote que en su medio no había tenido ocasión de escuchar.

Pero allí estaba Paco para explicárselo todo con el mayor gusto, cosa que disgustaba bastante a su enamorada Sebastiana.

—Es que les dicen así a esas señoras que acompañan a las señoritas... ¡Como a las pobres siempre las dejan en un rincón y siempre están cargadas!... Esa es una infeliz. Gracias a ella pueden verse la señorita y el señorito Alvaro. ¡Pobre señorita! ¡Me da una pena!...

Guadalupe se acercó a Paco y le dijo afablemente:

—Eso me congracia un poco con usted, pues le creía un esclavo de ese sueco...

—A esa niña la tengo yo sentadita en la boca del estómago...

—¡Fues es un sofá!—dijo ella sin que su enemiga lo advirtiese, guiñando un ojo al botones.

Paco la escuchaba con el gesto más displicente de su repertorio.

—No, si ya sé que te gusta—seguía la otra muy picada.

—Obcecaciones tuyas—dijo Paco negando muy mal.

—Y sólo hace dos semanas que está en la casa... Que acuérdate de cuando la planchadora que perdiste tres kilos; acuérdate con la chica del trapero, que perdiste dos.

Muy oportunamente sonó el timbre por dos veces consecutivas.

—Dos golpes; es a ti—dijo él, vislumbrando su liberación.

—La señora, el desayuno; ven a ayudarme—pidió ella.

—Corre, que no tardo—dijo él. Y mientras la Sebastiana se alejaba suspirando, él se repasó el pelo y se estiró el uniforme, muy halagado en el fondo.

Guadalupe entraba de puntillas, y hablando a media voz:

—Que si pesa usted tres kilos más, que si pesa usted dos kilos menos... Bueno, querer a esa señora es tener relaciones con una báscula.

—¿Ha oído usted?—preguntó él un poco corrido.

—Y he visto—confirmó Guadalupe—. Creí que le iba a usted a asar. El tanteo ha sido como para comprar un pollo.

—Que la mujer está por este cuerpecito—dijo él, pinturero.

—Bueno. Don Sigmundo, que baje usted al despacho. Volando.

—¿Qué querrá ese tipo?—dijo Paco, remoloneando.

—Usted sabrá, que es su hombre de confianza...—le contestó.

—Que uno vale, na más. Adiós, encanto.

En el despacho de don Sigmundo, Paco, plantado ante la mesa del suero, recibía sus órdenes.

—Esta carta la llevas donde siempre, y ni tú mismo sabes que la has llevado—recomendó, exigente.

—Entendido, don Sigmundo, soy un pozo—replicó el vivo botones.

—Y vigilando a la señorita Nena.

—Descuide. Soy un lince.

—Y ahora, volando—Y haciendo una seña de despedida, se enfrascó en sus papelotes, prescindiendo de su presencia.

—Soy un Struka—replicó por último el botones, que tantas cosas era a un mismo tiempo.

Guadalupe acudió a abrir la puerta y Paco entró como una tromba, atropellándola casi.

—¡Jesús! ¡Qué ciclón!—exclamó. Iba a cerrar cuando vio que llegaban Nena y doña Tula.

—Buenos días, señorita—saludó cariñosa.

—Hola, Lupe—le contestó familiarmente la señorita.

Al mismo tiempo, entregando su mantilla y su devocionario a doña Tula y quitándose el abrigo, dijo:

—Tome usted, doña Tula. Lleve todo esto a mi cuarto y aguárdeme allí.

Paco salió en aquel momento, abrochándose el abrigo y escondiendo una carta.

—¿Adónde va usted tan de prisa?—le preguntó Guadalupe.

—A un recado de don Sigmundo—respondió, escurriéndose.

—Buenos trapicheos se trae—contestó ella.

—¡Con Dios!—dijo Paco saliendo disparado.

Cuando salió el botones, Guadalupe se acercó solícita a Nena:

—¿Qué, le ha visto usted? ¿Han hablado?

—Sí, hemos hablado... Pero ¿qué saco de eso si mi problema no puede arreglarse de ninguna manera?

—¡Por Dios, señorita, no diga usted eso! ¿Por qué no se va a arreglar?—le decía la muchacha, queriéndole dar ánimos y dando vueltas en su cabeza con toda su buena voluntad, a ver en efecto qué arreglo podía tener.

Con su viva imaginación, tantas veces puesta en juego en su dura vida de miserable para salir de mil atolladeros y resolver el diario problema de su existencia, Guadalupe devaraba proyectos y más proyectos, tratando de hallar una solución feliz con qué corresponder al efecto de Nena y a todo lo que le debía.

—Yo me quiero casar con Alvaro—explicaba Nena—. Y si no, con

nadie, porque nos queremos y si nos casamos. a Sigmundo se le sube la sangre a la cabeza y arruina la fábrica, que es toda nuestra fortuna.

—¡Es verdad! ¡Maldito sueco! —exclamaba Guadalupe, contagiada de su antipatía.

—¿Y qué haría yo, Guadalupe? ¿qué haría yo? Porque si sigo así voy a volverme loca, a morirme—seguía Nena, retorciéndose los dedos, realmente desesperada.

Pero a Guadalupe no le cabía en la cabeza que aquella por quien ella hubiera sido capaz de dar la vida, pudiera perder la suya... y todo por el maldito sueco.

—¿Usted, señorita? ¿A morirse usted, que me ha dado a mi casa abrigo, calor, alegría!... Amos... que antes me hacen a mi cachitos así de pequeños... —y añadió resueltamente—: Yo le quito a usted de en medio al rubiales ese... ¡Vaya!

—¿Tú? —exclamó, esperanzada, Nena, aun cuando no quería creer que ello fuera posible.

—Usted dejeme, que yo... —le decía— Porque si se lo digo... Como ustedes las señoritas son así... tan pusil... ¿cómo se dice una cosa larga, que son ustedes las señoritas?

—Pusilánimes—sugirió Nena.

—Eso... tan pusilánimes... —respondió entusiasmada al verse tan fácilmente comprendida. Y luego si-

guió—: Pues una, pero yo a lo decente, eso sí... Pero... vamos... que yo le libro a usted de ese tío...

Y consiguió ver sonreír a Nena, felizmente impresionada con sus proyectos.

Guadalupe limpiaba el polvo con un plumero a los cuadros del vestíbulo, al mismo tiempo que canturreaba una cancioncilla callejera. En la puerta se oyó el ruido de una llave en la cerradura, y abriéndose por fin, dejó paso a la voluminosa humanidad de don Sigmundo. Guadalupe se volvió.

—Bonas tardes—saludó ceremonioso al sueco.

—¡Bonas!... ¡Muy bonas!—contestó ella remedándole.

Pero ella era incapaz de estarse callada mucho tiempo. Por decir algo, le preguntó:

—¿Qui, conoce usted la música de ese cuplet, don Sigmundo?

—Yo no conoce más música que Brahams, Crok, Bach, Litz, Grieg, Gluk... —dijo él más serio que un ajo, pronunciando las egess como quien carraspea.

—Hombre, para decir que no, no hace falta hacer gárgaras—contestó ella coqueteando levemente.

—Más nada—terminó él, lapidario.

—¿Pero en su tierra de usted, no

se cantan cosas alegres? — insistía ella sin poderlo comprender.

Don Sigmundo, como si llevara en el cuerpo un disco y le hubiera dado cuerda nuevamente, volvió a decir:

—Crook, Bach, Litz, Grieg, Gluk. Más nada.

—Sí, ya lo he oído; más nada; sí, señor.

El sonreía, celestial.

—Lleve usted el pico del pañuelo muy fuera... ¿quiere usted que se lo...? ¿Tiene usted un hilachito aquí?... —y como si le hubiera visto encima un escorpión, se apresuró a quitárselo, obsequiosa.

—Con permiso — dijo acompañando la acción a la palabra.

Los dos se sonrieron afectuosos. Y ella, adúladora y continuando el plan que se había propuesto, exclamó:

—¿Qué color de pelo más precioso!

Pero el sueco comprendió de repente que aquel podría resultarle un juego peligroso y se batió en retirada.

—¡Bonas! — dijo retirándose —. Hasta luego...

—¡Pues que usted lo pase como es debido! — contestó ella rabiosilla al sentirse defraudada. Y siguió quitando el polvo a los cachivaches,

aunque con peor pulso que al principio y ya sin ganas de cantar.

Pero el matemático don Sigmundo se arrepintió pronto de su actitud. Se quedó parado en la puerta, con la mano preparada para alzar la cortina... y no la levantó. Giró sobre sus talones y miró de lejos a la pequeña. Su aspecto era dubitativo y su actitud de arrepentimiento. Adelantó un paso, que volvió a retroceder...

Ella adivinó, intuitiva, que su plan empezaba a cuajar. Le lanzó una reojada capaz de resucitar a un muerto... menos frío que don Sigmundo. Pero, aunque lentamente éste empezaba a dejarse impresionar...

Y cuando estaba a punto de decirse a decirle algo amable, algo que fuera como el primer pasito del fin que ella se había propuesto, el muy torruto salió decididamente de la estancia, diciendo entre dientes:

—No está práctico.

Y Guadalupe, desalentada, dejando caer el plumero, estuvo a punto de cargarse un bibelot.

Nena había tomado por su cuenta la educación e instrucción de su protegida. Cumpliendo la obra de misericordia de «enseñar al que no sabe», había empezado a enseñar a Guadalupe a escribir —ya que sólo mal sabía leer—, la doctrina cris-

tiana, y costura, y labores. Ella procuraba con todo interés aprovechar el tiempo, no sólo por deferencia hacia su protectora, sino porque siempre había llevado en el fondo del alma aquel anhelo del que hablaba con Primi de llegar a ser más, algo más que una chiclea de la calle.

Con toda paciencia, Nena le sujetaba los dedos, torpes aún.

—No, mujer; tienes que hacer los puntos más cortos. Fíjate, así...

—Voluntad no me falta, ya lo sabe usted—se disculpaba la pobre diciendo la verdad. Pero en la calle se escuchaba un leve silbido. Nena, reconociéndolo al instante, suspendió la costura, diciendo, entre preocupada y alegre:

—¡Calle!... Un silbido... ¡Ahí está Alvaro!...

Las dos se acercaron al balcón y con disimulo miraron al exterior. Era el muchacho, efectivamente, que, recatándose un poco junto a un árbol, saludaba alegremente a su novia que le contestó:

—Pero desde aquí no le puedo hablar, que desde la fábrica le puede ver Sigmundo—decía Nena, fastidiada.

—Dígame por señas que se vaya a la otra calle y que saldrá usted al balcón de su gabinete — sugirió Guadalupe.

—Ve a la otra calle, frente a mi gabinete; saldré al balcón. Ahora vete...

Alvaro comprendió fácilmente, con esa rapidez que tienen los enamorados para captar todas las ondas que les traen algo bueno, y, sonriendo comprensivo, se alejó de allí, contestando por señas también, que daba la vuelta a la casa y se estacionaria donde le había ordenado.

—Ya se va—dijo Nena; y le despidió.

—Por mí no tenga usted vergüenza, que yo me vuelvo.—Y uniendo la acción a la palabra, se volvió de espaldas, insistiendo—: ¡Ande usted, que es un dolor que se vaya de vacío!...

Nena no quiso hacerse rogar más.

—Puesto que te empeñas...—dijo, ruborosa. Y delicadamente, con las puntas de sus dedos, le envió un beso— Me voy al gabinete—le siguió diciendo Nena— Tú estate aquí y si viene alguien avisa.

—Descuide la señorita — afirmó Guadalupe.

Pero el timbre de la puerta sonaba con insistencia. Guadalupe, un poco asustada, salió a abrir rápidamente. Concurrieron a la misma operación Pato, el botones, y Julia, la otra doncellita. Pero Guadalupe, llegando la primera, fué la que abrió.

Era el trémebundo don Sigmundo. Avanzó muy serio, muy digno, con un aspecto nada tranquilizador.

—Bonas—saludó, estropeando el castellano como tenía por costumbre.

—Muy bonas—le contestó Guadalupe llevándole la corriente.

Pero el olímpico sueco prescindió de las mujeres y se dirigió a Paco, como persona más solvente.

—Paco, ¿ha venido hoy alguien en la casa?

—En la casa no, señor—le respondió el aludido.

—¿La señorita Nena, ha salido en la calle?—continuó, mientras Guadalupe no perdía una sílaba del diálogo.

—En la calle no, señor.

—¿Ella no tiene recibido carta ninguna de su sietemesino paseante?—volvió a preguntar.

Guadalupe no pudo contenerse y volviendo por el prestigio de Alvaro, que tan buen efecto le causara, se entrometió:

—Sietemesino, no, señor.

—¡Usted, callándose!—exigió don Sigmundo.

—Punto en boca—remachó ella con desparpajo.

Y después de lanzarle una mirada capaz de confundir a una personilla menos plantada que nuestra chica del gato, siguió el extranjero:

—Está bueno: Usted observa, usted vigila, usted me avisa de todo lo que ocurre...

—Fierda usted cuidado—le aseguró Paco.

—He visto rondar al rondador—prosiguió—y yo tengo ya la oreja tras de la mosca. Voy a salir. Vigilen todos durante mi ausencia...

—Puede usted marcharse tranquilo—aseguró Guadalupe, suspirando satisfecha ante la idea de que iban a perderle de vista por algún tiempo.

—Gracias—contestó aquel alma cándida.

Y como se decidiera a marchar, ella se le acercó con coquetería.

—Cuidado, que se le va a caer el cristal—dijo refiriéndose al monóculo.

—Muchas gracias, Lupita—dijo él, pronunciando su nombre con afecto y dificultad.

Y llegando al saloncito vieron a Guadalupe que miraba por el balcón.

Paco, llegándose al saloncito, vio a Guadalupe que miraba por el balcón.

—Na... Mirando por donde se ha ido...decía con rabia contenida— ¡Para que a mí se me escapara!... Pero ¿qué le habrá encontrado a este sujeto... que es un kilo de tomates con mal humor?

Pero disimuló su despecho y atravesó el saloncillo con elegante indiferencia... aunque tardó más de lo justo en atravesarlo, y hasta se detuvo algunos instantes en arreglar, cuidadoso, algún detalle, que, al fin y al cabo no era de su incumbencia.

La muchacha seguía pegadita al balcón como si no le viese, aunque no dejaba de observarle con el rabillo del ojo. Cuando al fin salió el botones, Guadalupe hizo un mohín picaresco, sonriendo ilusionada.

En la cocina, Paco, cómodamente sentado leía un periódico. Guadalupe, entrando y presumiendo, saludó:

—Hola, Paco.

—Hola—contestó él, lacónica y dignamente.

—¿Está usted de mal humor, Paco?—preguntó ella con la carita más ingenua de su repertorio.

—Ni muchísimo menos! — se justificó él con sorna, añadiendo—: No tengo más que motivos de satisfacción...

Y volviéndose fingió enfrascarse nuevamente en la lectura del diario.

—¡Ay, hijo, qué desabrida está la tarde! — exclamó ella, que no abandonaba el campo así como así. Y siguió tenazmente—: A usted le ha pasado algo a quince centímetros del fogón, a mí no me cabe duda.

Paco saltó como si le hubiera picado una avispa:

—A mí no me puede pasar nada en la cocina, ¿estamos?

—Pero le puede pasar con la cocinera—contestó ella inmutable.

—¿Es decir, que va usted a jurar que no me tiene usted ni tanto así de afecto?—y señalaba la punta de su dedo índice.

—Hombre, si tan pequeñito señalaba usted... ¿Ha dicho usted así?

—dijo remedando el ademán, señalando la punta de sus dedos.

Paco quería cerciorarse bien del tamaño. Se acercó a la muchacha y la tomó la mano:

—A ver... que yo me percate de la dimensión.

—De lo más poquito—decía ella, coquetuela y provocativa.

—Bueno, tiene usted una yemita que es para comérsela—comentó él, deponiendo las armas y sonriendo francamente.

—Tan aislados, iba a decir, para no ofender—terminó ella, muy cargada.

—Oiga, señora... y perdone el modo de señalar—empezó Guadalupe como pidiendo una explicación.

Pero la cocinera se desentendió de ella, atendiendo solícita a Paco.

—No tengo nada que oír...—y dirigiéndose a él con ternura, le dijo:

—Aquí tienes el tentempié de todas las tardes.

—¿Usted gusta?—se atrevió a decir Paco a Guadalupe.

—¡A comerte eso!—ordenó la Sebastiana.

—Por mí puede usted merendar, que yo me marcho. ¡Buen provechito!—exclamó con sorna.

—A esa niña la voy a dar para el pelo—decía Sebastiana, fuera de sí, cuando Guadalupe hubo salido—. El mejor día la dejo a dieta.

—Por Dios, que me sabe esto a acibar—dijo Paco, mimosa.

Pero ella le tranquilizó, amorosa:

—¡Ay, no, hijo mío: cómetelo tranquilo!

En el gabinete de Nena, ésta seguía asomada al balcón hablando con Alvaro, cuando entró Guadalupe.

—Vamos, que hoy no puede usted quejarse—la dijo cariñosa.

Pero todo fue decirlo, cuando Nena se retiró del balcón echándose las manos a la cabeza, asustada.

—¡Ay! Sigmundo que viene—y volviendo a salir, le hizo a su novio señas desesperadas: ¡Vete, Alvaro, vete! ¡Dios mío!

El sueco llegaba, efectivamente, a tiempo de haberlo visto todo, con el rostro más congestionado y furibundo de su repertorio. Y con toda la agilidad de que era capaz, tomó

las escaleras como el que toma al asalto una posición del enemigo.

Nena se lamentaba en los brazos de Guadalupe:

—Si ve a Alvaro, ya tenemos disgusto en puerta.

—A lo mejor se le cae el cristal y no le ve—decía Guadalupe queriendo consolarla.

En la calle se habían cruzado Alvaro y don Sigmundo, lanzándole éste una mirada despreciativa que le envolvió de pies a cabeza, anonadándolo.

—¡Dios mío, le ha visto; fíjate con qué energía se dirige a casa!

—Parece un tanque, no más... que diría su mamá!—comentó graciosamente la doncellita.

—Viene dispuesto a darnos el día, como si lo viene.

—¡Cálmese, señorita cálmese!—le decía, solícita.

En realidad, ninguna podía calmarse, y las dos esperaban la tormenta que ya empezaba a rugir en la casa.

Luisa abrió la puerta de la calle, que atronaba con el repiquetear del timbre nuestro sueco. Entró como una trumba, preguntando:

—¿Dónde está doña Chuncha?...

—En sus habitaciones—le respondió la chica.

—Molto bueno. Diga a la seño-

rita Nena que esperamos por ella. Volando...

En el saloncito de Nena, el grupo pensativo de ésta con su doncellita, la chica del gato, esperaban el aguacero con relativa resignación.

—¡Pero el tío panocha ése!— decía Guadalupe, que si no comentaba las cosas se moría—. Empeñado en amargarle la vida... ¡Amos, es para despacharlo en rajás!... —pensaba, sanguinaria— y añadía, para dar ánimos a su ama—: ¡Pero confíe usted en mí!... Poco he de poder o esto lo arreglo yo.

—¡Qué buena eres, Guadalupe!— decía Nena, agradecida.

Y Luisa, apareciendo, las dio un recadito que las puso un tanto nerviosas:

—Señorita, don Sigmundo que vaya usted al saloncito de la señora.

—Está bien—contestó—Y cuando Luisa hubo desaparecido, exclamó:—¿Lo ves, Lupe? ¡Ya tengo encima al temporal!...

Doña Chuncha, medio desvanecida en un sofá, aguantaba el chaparrón de impertinencias que dejaba caer sobre su pobre y frágil cabeza don Sigmundo:

—Usted sabe que yo siempre quería casarme, y usted siempre me dice: «Espere... espere. Ella está todavía una niña».

Tomó aliento, y continuó con la mimica más aparatosa:

—¡Ah, ah!... Ella está una niña para mí. Ella no está una niña para ningún otro...

—¿Qué dices?...—suplicaba doña Chuncha, no queriendo entender.

Pero él continuó, casi metiéndole las manos por los ojos, sin duda para abrírselos a la realidad de los acontecimientos:

—Yo veo demasiado al novio de ella paseando demasiado cerca... ¡Yo no aguanto ridículo!

Nena, apareciendo, cortó el hilo de su inspirado discurso.

—¿Me llamabas tú?—dijo displicente.

—Mismo yo—respondió él.

—¿Y qué quieres?

—Yo necesito saber definitivamente, claramente —puntualizó como un juez—, si tú te casas conmigo, sí o no... Te he preguntado setecientas y una veces...

—Y yo te he contestado que no—dijo ella con todo el aplomo de que era capaz para defender su dicha.

—Pero ¿por qué?—preguntaba el muy fatuo, sin alcanzársele el motivo de la repulsa— ¿Acaso no me estimas?

—Sí te estimo... muchísimo...—dijo ella conciliadora, aunque haciendo un esfuerzo para lanzar la

mentira. Y después de una pausa, dijo más bajito:— Pero para marido... no me gustas...

Esto puso fuera de sí a don Sigundo. Por la oposición de aquella muñeca, todos sus planes para el futuro se le venían por tierra. Hubiera deseado tener a mano a Alvaro para retorcerle el pescuezo.

Comenzó a pasear como un león con calentura.

—¡Ah! ¿no te gusta?... ¡De sobras sé yo quién es que te gusta!

—Reflexiona — le decía Nena, angustiada, queriendo llevar aquel mal negocio por las buenas.

—Reflexiona tú, primero que contestas...—dijo él, implacable.

Luego las emplazó:

—Doigo cuarenta y ocho horas... Vuelvo... Pregunto... Dices sí... dices no... como quieras... Tú edificas tu propio destino... ¿Tú estás loca? Tú pagas. ¡Ojalá tú aciertes!

Y salió de allí, dejando coja provisional a Guadalupe, la cual permanecía que más que un hombre fuerte, lo que «restregaba» al extranjero era un hombre bruto.

Guadalupe disfrutaba de la libertad de su tarde dominguera, tarde de paseo dulce y soñada, paseando por el Retiro.

Yendo y viniendo despacito, sin sofocarse, ya que tenía muchas horas por delante, llegó hasta el estani-

que y se detuvo a mirar a los pececillos que devoraban las migas de pan que le echaban los niños y las niñas. Ella también quiso contribuir al festín de los animalitos, y recordando que en su bolso llevaba su bocadillo de merienda, pellizcó un poquito de la barra y fue echando también algunas migas a los peces. De pronto, sintió una voz conocida a sus espaldas, que decía con sorna:

—Me río yo de los peces de colores...

Se volvió rápida y vio tras de sí a Paco... Pero no el Paco añorado, con su traje de botones dorados y relucientes, sino un Paco más hombre, con su gabán, su gorrilla picarescamente echada de un lado, su pañuelo blanco de seda al cuello. La estaba mirando sonriente y afectuoso, muy contento de haber dado con ella.

—¡Ay!... ¿Usted, Paco?... ¡Qué casualidad! — exclamó, muy gratamente sorprendida también.

—No es casualidad — aclaró él —. Es que deseaba saber en qué empleaba usted la tarde del domingo.

—Pues ya lo ha visto usted... en pasear... y sola. ¡Como no tengo amistades!

—Yo creo que aun tiene usted demasiadas... —opinó él.

—Me pasa lo mismo que a usted

—contestó ella devolviéndole la pelota.

Paco sacó un paquete y, desenvolviendo su merienda, ofreció:

—¿Quiere usted acompañarme?

—Muchas gracias, me figuro de dónde viene eso—dijo maliciosa.

—Ya ve usted que le quieren a uno—contestó presumiendo.

—¡Buen provechito!—dijo ella un tanto cargada.

—Igualmente—contestó Paco.

—Igualmente, ¿de qué?

—Que a usted también la quieren... Mejor dicho, que ya sé que está usted mochalos por una estupidez internacional.

—¿Quién se lo ha dicho a usted?—preguntó ella, curiosa.

—Estas dos niñas—dijo señalándose las de sus ojos.

Pero Guadalupe, chulilla y ocurrencia, le salió diciendo:

—No les haga usted caso... que van de corto.

—Pero yo voy de largo — dijo él—. Ahora que... ¡se ha empleado usted mal! — comentó decepcionado.

Guadalupe se apartó de donde estaban y echó a andar, mientras decía:

—¿Razones?...

—Primera: porque en cuanto se entera la señorita, la va a poner a usted de patitas en la vía pública.

—No faltará quien me recoja—dijo ella.

—¡No se haga usted ilusiones!—dijo él, despechado.

—¿Por qué no? — preguntó ella, presumiendo.

—Porque puede que ya esté ocupado el sitio—respondió él misteriosamente.

Guadalupe cogió al vuelo la ocasión que se le ofrecía de saber...

—¡Ay! ¿Qué dice usted, Paco?

—¡Ay! ¿Usted sabe algo de ese hombre?

Pero él recogió velas:

—Yo no sé nada—dijo apresurando el paso.

Pero Guadalupe le apremiaba... por causa muy distinta de la que él se podía imaginar.

—¡Paco, yo me figuro que usted trae y lleva entre el sueco y alguien...!

Paco apretó los labios, como para no dejar escapar nada que pudiera comprometerle. Y ella seguía:

—...es decir... «alguien»...

Paco, ¿no le dicen a usted nada más ojos?... Paco, por lo que usted más quiera, dígame usted lo que haya... ¡Paco... Paco!...

—¡Pero a usted le ha dao un ataque!...—exclamó Paco, muy escamado.

—Sí, de alferecia... Paco, que es para hacer un bien muy grande

—explicó ella—. Paco, que a mí no me gusta el del vidrio... Paco, que si usted sabe algo y deja usted que ese gachó se lleve a la señorita sólo por su dinero, no tiene usted perdón de Dios... ¡Paco!...

Paco estaba tarumba de tanto oírse nombrar, de tanto interés y de tanta súplica. Empezó dubitativo:

—Sí, puede que tenga usted razón...

—¿Qué hay? —decía ella apremiándole.

—Pues hay... ¡no se lo digo!—se obstinó él.

—¿Como se llama? —preguntó ella, atrevida y adivinando.

—¿Quién?—dijo él, a la defensiva.

—Ella... la otra.

—Se llama... Pero no me pierda usted... —suplicó—, porque don Sigmundo es un atleta y si me tira un puñetazo deja la casa desabrochada.

—No tenga usted cuidado —le prometió Guadalupe—, que por mí no nos quedamos sin botones... ¿Y quién es?

Habían llegado junto a un kiosco de refrescos, y Paco propuso:

—Sentémonos y arrímese usted... que no quiero gritar, porque tengo jurado no decirlo...

Guadalupe, conteniendo el aliento, le animaba con los ojos.

—Pero es una señorita de Sajonia...—siguió él—. Se llama Ida.

—¡Virgen!—exclamó Guadalupe, rica con su secreto. Y preguntó:—¿De modo que don Sigmundo es de Ida?

—De ida y de vuelta porque tiene dos hijos—corroboró Paco.

—¡Dos hijos!—segula ella diciendo como en éxtasis—. ¡Esto es providencial, Dios mío!... ¿Y tiene usted pruebas de eso que dice?—volvió a preguntar Guadalupe.

—En el bolsillo... Mire usted la carta que me ha dado—dijo sacando un sobre grande y leyéndolo.

—«Fraulein (que no sé lo qué es) Ida Schekzer, Hermosilla, 145.» De modo que para qué vea usted lo que hace y en quién había usted puesto los ojos—dijo cándidamente, creyendo haber anonadado a Guadalupe con la noticia, cuando en realidad le había proporcionado uno de los mejores ratos de su vida.

Ella disimuló, muy pícaro:

—¿Calle usted, por Dios!... ¡Un hombre que parecía más serio que una corbata negra!...

—Pues es una chalina de verano. Pero el día que a usted le dé la gana me pongo a dieta...—dijo él, enamorado.

—Puede que le encuentre yo a usted un reconstituyente—dijo ella

acercándose el vaso a los labios y gustando la cerveza fresquita.

—Si no fuera usted tan coqueta

—decía él, pesaroso, mientras ella, con ganas se reía, se reía...

La tarde cala y era preciso regresar a casa. El idilio se interrumpió por entonces, pero en la atmósfera flotaba algo entre los dos que era como una esperanza no lejana y muy dichosa...

Doña Chuncha y Nena desayunaban servidas por Guadalupe y Paco.

—¡Ay, Señor!—suspiraba doliente, la buena señora— ¡Qué va a ser de nosotras! ¡Hoy tienes que contestar, hijita!...

—Sí, mamá...

—Sacrifíquese no más, hijita!—demandaba, suplicante, la egoísta dama, queriendo evitarse complicaciones.

—No puedo, mamá—aseguraba Nena muy formalmente.

—Hijita—le encarecía— mira que nos arruina irrevocablemente...

El botones la ayudó a levantarse y, apoyada en él, la señora emprendió penosamente su retirada:

—Que aquí hay corriente de aire y me traspasa... Levánteme la cortina. ¡Muchas gracias!... ¡Ay, Jesús mío, cuánto sinsabor!

—Por Dios, señorita, no llóre us-

ted!—decía Guadalupe, queriendo consolar a Nena.

—Pero ¿no lo has oído?... Tengo que decirle y no puedo...

—Pues tarde un poco en decidirse, que aun yo...

—¿Tú, qué?

—Tengo un plan, que si no me falla...

—¿Pero...?

—Ya lo sabrá usted—y mirando hacia la puerta vió a Paco.

—Con permiso—se disculpó—Guadalupe, venga usted a desayunarse.

—Tenga usted confianza—recomendó ésta a su señorita. Y comprendiendo que Paco la había llamado por algo, preguntó al salir— ¿Qué hay?

—Que don Sigmundo me ha telefonado, y que sube en seguida. Y me entregará la carta pa llevarla ande todos los días.

—¿Y dijo usted que era en Hermosilla?

—¡45. A dos pasos de aquí.

—Pues allí va a ir usted volandito y dice usted a la Ida que venga que la llama don Sigmundo para un recado urgente...

—Pero... que me juego...—dijo él, asustado.

—Se juega usted a una servidora—prometió ella— Me parece que el premio... ¿le quieres?... Vas. ¿La

traes?... Le ganas. ¿No vas? Ya puedes romper el billete, que no te ha tocado. ¿Te hace o no te hace? —explicó matemáticamente, estilo don Sigmundo.

—Me hace... me hace cachitos... pero... ¡A tu salud!

—¡Ah! está!... —dijo ella al oír un timbre— ¡Vivo!

Paco abrió la puerta y entró el sueco, saludando:

—Buenos días.

—Buenos días, don Sigmundo.

—Aquí tienes —dijo entregándole una carta—. Llévala volando.

—Pero que ya...

—¿Ya qué? —preguntó don Sigmundo calándose el monóculo.

—Que ahora mismo voy —contestó Paco.

—Así me gusta.

Guadalupe fingió, entretanto, que arreglaba unas flores y al pasar don Sigmundo junto a ella lanzó un suspiro.

—¡Ay!... ¡Qué distraído pasa usted, don Sigmundo!

El aludido se volvió y, calándose el monóculo, dijo:

—¿Tú, Lupe?... ¿Qué haces tú aquí sola?...

—Pues na, eso... estar sola... ¿Qué va a hacer una si de sobras sabe una que nadie se fija... en si está una sola o está acompañada?

—Yo si me fijaba, Lupita... Ahora y antes —dijo, melifluo.

—Pues yo no me había fijado en que usted se fijaba...

—¿Y tú lo sentías? —preguntaba él, acercándose.

—Hombre... como sentir... claro que siempre le duele a una el que no se fijan en una... máxime más cuando una si que se ha fijado...

—¿Oh, Lupe! ¡Tú qué dices! ¡Tú no estás indiferente contra mí! —decía él, derritiéndose.

—No es que no esté... es que una tiene mismo sus simpatías... ¡Ay!... Usted perdone —dijo, fingiendo unos rubores que no sentía.

—¡Oh! Yo te perdona... Yo mismo me alegro... Porque tú estás bonita... Tú te estás... —y trató de abrazarla; pero ella se evadió.

—¡Tú te estás quieto! —dijo.

—¡Oh, Lupita!... El amor no entiendo de estar quieto. Permita que yo acaricie tu mano —dijo besándola repetidas veces, añadiendo— ¡Oh, susse, susse, kusse!...

—Eh, cuidado! Que esto go una jóvena a completo decente.

—Pero ¿tú no dices que yo te agrada? —preguntó muy serio.

—Hombre, yo...! —y prudentemente puso alguna distancia entre los dos, y explicó— Es que le he oído decir a usted eso de susse (que

no sé lo qué es! de una manera... que vamos, me hace cosquillas...

—¿Nunca lo habías oído?

—Si lo había oído... porque aquí lo usamos para llamar a los gatos.

—Pues «kusse, kusse» quiere decir besos dulces.

—Pero ¡qué sueco está usted hecho!—dijo ella.

—¡Oh, liebe ángel!... ¡Oh! Yo siempre, desde primer momento, te miraba con... ¡tú no veías cómo te miraba?

—Sí, con el «rabille», ya lo he visto—dijo, guasona.

—Yo te quiero de un modo completamente arrebatador... ardiente... ¡ach!... ¡a!—dijo, intentando abrazarla. Ella retrocedió otra vez.

—Pero ¡qué pedazo de sinvergüenza está usted hecho!

—¡Oh, liebchen!...—decía, entusiasmado, haciendo un «batido» con el español, el alemán y el sueco.

—¡Por Dios, don Sigmundo, quieto o llamo a un vigilante guardia—decía Guadalupe, alarmada ya ante aquella explosión amorosa.—¡Y no vienen!—decía entre dientes, empezando a desesperarse.

—¡Oh, oh, du, du!... Ven tú en mis fuertes brazos; yo te ama, yo te adora, yo te...—Atrevido, la alcanzó, abrazándola. Ella gritó:

—¡Paco!... ¡Socorro!...

—¡Oh, calla!... ¡Oh, no chillas!—dijo tapándola la boca.

—¡Soco...!—empezó, sofocada, Guadalupe.

A tiempo, hizo su entrada la estratagema Ida.

—Sigmundo, ¿qué haces tú? ¿Tú me llamas para que vea esto?

—Du... hier?—dijo él, indignado.—Was willst du?

—Du hast mich betrogen—se justificó ella.

—Coche fort—respondió él.

—Ich will nicht.—Y como continuasen discutiendo en aquel revuelto, Guadalupe decía consternada:

—¡Se muerden!... ¡Por Dios, calma, no se digan ustedes esas cosas! ¡Calma, que hablando se entiende la gente!

Sigmundo empujaba a Ida hacia el recibidor, mientras ella insistía:

—Du hast mich betrogen.

—Coche fort.

Hablando de otro, por supuesto—comentaba Guadalupe hecha un lío.—Si, señor, tiene usted razón—dijo por llevarle la corriente.

—Du hast mich betrogen—repetía la implacable Ida.

Guadalupe quiso poner orden en aquel asunto.

—Señora, cálmese... a ver si nos entendemos... ¿Usted es la novia del caballero?

—Del caballero que yo ama—respondió enfática Ida.

—¿Was wick du?

—¡Oh, yo lo contaré todo a doña Chuncha, yo lo diré todo a la señorita Nena! Que tú estás comprometido...

—¡Oh, si tú lo haces, yo acaba para ti eternamente—dijo él.

—Por Dios, cálmense... —decía Guadalupe.

—Es que yo quiera que todos sepan que tú estás mío y que no puedes casarte con otra ninguna —y empezó a llorar amargamente.

—¡Vamos, hombre! ¿No le da a usted lástima de la pobre, tía cómo bala?

—¡Oh, por Dios, Lupita! Yo no quiero que doña Chuncha esté enterada... ¡Ni nadie esté enterado! —suplicó él, sudando.

—Si tú no arreglas, yo vuelva ahora misma—amenazó Ida.

—No tenga usted cuidado—prometió Lupe—. Yo lo arreglo todo. Descuide. Señora, alivien, que yo me encarguen de todo. Marchen, tranquilidaden...

—Leb wohl! —se despidió Ida.

—Auf wiedersehen! —la despidió Sigmundo, enojadísimo.

Y como ella saliera llorando, Guadalupe la prometió:

—No llore, que yo haré que se casen. Todo será en que yo me empeñe. Anden, ande.

—¡Oh, Lupita, yo no quiero que nadie sepa! —decía el sueco.

—No tenga usted cuidado... Si usted se pone en razón, si usted renuncia a la señorita Nena, permite que se case con don Alvaro y usted sigue en la fábrica, yo lo arreglo todo.

—¡Oh, sí, sí!

—Y además, usted se casa con Ida, como es su obligación.

—¡Todo, todo, más nada por mi des crédito!

—Descuide usted.

—¡Gracias, Lupe! Mas, ¿quién trajo aquí esta desgraciada?

—Lo ignoren. Pero lo que yo quería está salvado. De modo que esté usted tranquilo.

—¡Oh, liebe Lupe!

—Y ahora verá usted cómo todo se arregla. Venga usted.

—Seguida por él, se dirigió al saloncito de Nena y asomándose al balcón hizo una seña a Alvaro, que allí, al pie, se encontraba.

Luego, ordenó a Paco, que se le atravesó en su camino:

—Abre la puerta, que sube el señorito Alvaro y condúcelo adonde la señorita.

TODOS FELICES

EN el saloncito de doña Chuncha se encontraban esta y Nena, y aquélla estaba medio desvanecida, como siempre. El sueco saludó:

—Buenos días.

—Pero ¿qué te aconteció por allá?—le preguntó aquélla— ¡juraría que sentí una algarabía de voces incomprensibles...

—Nada; era que estábamos tratando tranquilamente don Sigmundo y yo de...—terció Guadalupe.

—¿Acaso me importa?—preguntó doña Chuncha.

—Mucho—respondió la chica.

—Porque con la jaqueta estoy desvanecida...

—Pues se trata... que aquí el señor renuncia a sus pretensiones con la señorita Nena, y que la señorita puede casarse con quien le dé la gana.

—Pero ¿qué me dices? — dijo doña Chuncha que no lo podía creer.

—Pero ¿es verdad eso?—preguntaba Nena, dichosa.

—Absoluto verdad — confirmó don Sigmundo— Puedes casarte

con tu Alvaro, ¡Bonas!—dijo saliendo majestuoso.

—Pero ¿ese cambio de actitud?—quería saber Nena.

—Cosa mía—decía Guadalupe.

—¿Tuya?

—De la chica del gato, na más... Nena la abrazó efusiva.

—Me has salvado, Lupe. ¡Gracias, gracias! Eres buena. ¿Qué haría yo para demostrarte lo que te agradezco?...

—¿De veras me concede usted una cosa que le pida?

—De veras.

—Pues pido que ponga usted a la cocinera en la calle esta misma noche.

—¿Por qué, si guisa tan bien?

—Mejor guisará yo.

—¿Tú?

—¿Pero tú qué guisan?—la preguntó Paco.

—Sí, yo quiero guisar, tener la llave de la despensa... que es la que abre y cierra los corazones...

—Pero tonta, si me muero por ti hasta en ayunas—le decía Paco, iluminado.

—Más a gusto te morirás después de un canapé de pechuga de pato a la perdigurdina que tengo proyectado para esta noche.

—¿Pechuga, y a la perdigurdina? Soy tuyo irrevocablemente!...—dijo él, entregándose hecho un caramelo.

Y Lupe, viendo que por fin no se moría doña Chuncha, que su gato descansaba feliz y calentito en el regazo de la buena señora, y que Nena y Alvaro, cogidos de las manos, se miraban a los ojos ilusionados, exclamó feliz.

—¡Ya está todo arreglado!

FIN

La chica del gato

Argumento novelado de la película,
basado en la obra del mismo título,
del malogrado y célebre autor

Carlos Arniches

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Cene Raymond
Vuelta de Argentina Lupia	Warner William
Máster Floramoca	Cino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Naji
Melodía rota	Willy Singel
Titanes del mar	Vicior McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Southern
Maria Ilova	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vane	Clive Brook
Quince de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heino Rohrer

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabá, Tormas de los señantes	Sabá
Tu cambiarás de vida	M. Lindgrave
Los dos niños de París	C. Borghon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal suggestion	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarmas en el expresos	M. Reedgrave
Crimen de medianoche	Ramon Parela
Los dos pilotes	Jacques Teyssie
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	K. Hephurn
Cuidado con lo q. haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Charles Gardel
El signo de la Cruz	Erika Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholome
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
Albergo nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Julia Kelly
Acusado	Dolores del Rio
Furia de hombres	Mickey Rooney
Lo profeta millonaria	Cene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Southern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Tony Lago
El hombre del Níger	Victor Franzen
Estrafos en luna de miel	Hugh Sinclair
Fruto dorado	Clark Gable

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligeró	Moynat Douglas	Antonio Vico	James Stewart

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	Maria Arias
Rinconcito madrileño	F. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	Joán Baviara
La canción de Alas	I. Argentina
Eran tres hermanos	Luisita Gorgallo
Bohemios	Enlita Alaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Martingala	Nino Marchena
Rápido usted	Celia Gamet
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	R. de Santmenat
Tierra y cielo	Manuchi Freres
¡Alá!	Ines de Val
¿Quién me compra un lío?	Maruja Tomás
Alas de paz	Loia de Valois

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lactado	L. Gorgallo
La Dolores	Rodita Diaz
La Millona	R. de Santmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Bumbe al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Melinas de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gomez
Melodía de arrabal	I. Argentina
Misterio en la Marisma	C. Gardel
Resas de otón	Trini D'Alay
La patria chica	M. F. L. Guayra
La chica del gato	Estrellita Castro
Un onagro de familia	Josita Hernán
	Mercedes Vecino

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazzari
Cautivo del desierto	Leslie Howard
Fior de espino	Gracia de Triana

CANCIONERO

Precio: 60 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
HODDI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Alta)
JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MACHIN»

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantacion
H. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

PEPE PINTO
ADOLFO ARAGO JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO, CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPASA - JAZZ

ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN
LOLA FLORES
CARLOS GARDEL (Creaciones)
VIANOR
PEPE BALLESTEROS
MIRCO
NINO DE MARCHENA
RAMPER
NINO DE UTHERA

Precio: 75 cts.
EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agolado)

Precio: 1 pta.
EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
JAZZ-HOT Ramon Evaristo y su
Orquesta (Agolado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agolado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 ptas.
THUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO JAZZ-HOT
CANALFIAS
TEJADA Y SU ORQUESTA JAZZ

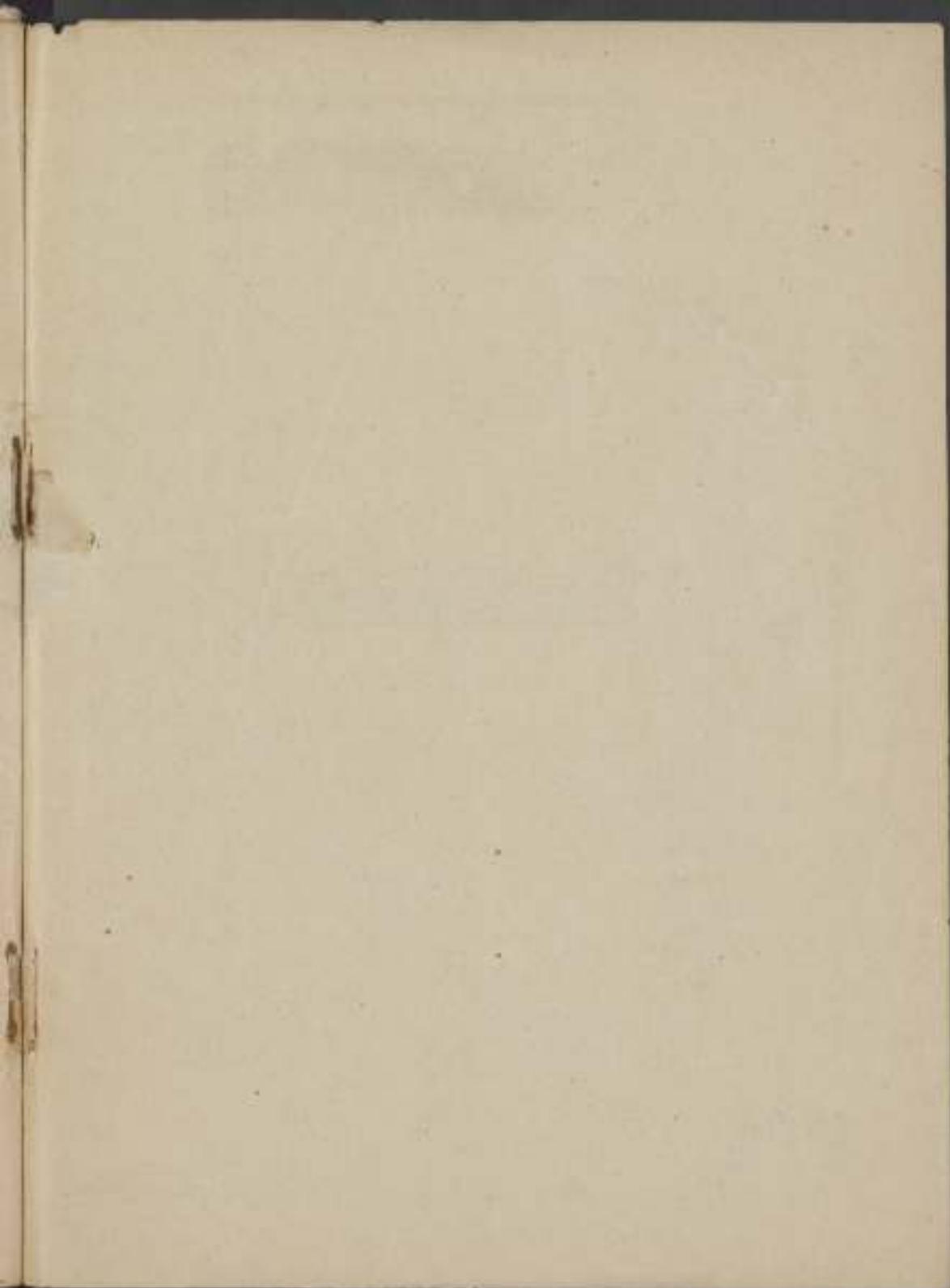
Precio: 1'50 ptas.
GOZALBO LLORENS - MEJCANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ
RAUL ABRIL-BONET DE S. PEDRO
BERNARD HILDA
MUSA ARGENTINA
SEPULVEDA-R. BOLLDA

Pedidos a

Editorial APAS

Apurados 707

INTERGONA





2'50 Ptas.

EDITORIAL COMERCIAL
VALLEJO, 274. BARCELONA